

América

SOCIALISTA 33

en defensa del

MARXISMO

Noviembre 2023



LA LUCHA POR EL COMUNISMO

*Incluye: La economía soviética •
Teatro y revolución • Alemania 1923*

Editors:

Alan Woods
(editor in chief)

Rob Sewell

Hamid Alizadeh

Francesco Merli

Daniel Morley

Ben Curry

Josh Holroyd

Jorge Martín

(edición en español)

América **SOCIALISTA**

Revista
teórica de la
**Corriente
Marxista
Internacional**

Todas las imágenes
sin crédito son de
dominio público

Portada: *Solemn Promise*, Dmitry Moor, 1918

Diseño:
Jesse Murray-Dean

Índice

Editorial

p4



p20

Teatro y revolución:
Vida y legado de
Konstantín Stanislavski



p28

1923 La catástrofe
alemana

La economía soviética:
cómo funcionaba...
y cómo no funcionaba

p6



América Socialista - en defensa del marxismo es la revista teórica de la Corriente Marxista Internacional en español y se ha editado de manera ininterrumpida desde febrero de 2009, con distribución en todo el continente americano. "Sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario", como explicó Lenin. El objetivo de la revista es librar una batalla ideológica en defensa de las auténticas ideas del marxismo, como guía para la acción revolucionaria.

En nuestra página web puedes encontrar un archivo de todos los números anteriores de la revista para leer en línea o descargar como PDF. Animamos a los activistas de la juventud revolucionaria y del movimiento obrero a hacer suya la revista, estudiar y discutir sus contenidos y ayudar a su más amplia circulación.

Si estás de acuerdo con nuestras ideas, únete a la Corriente Marxista Internacional. La lucha por la transformación socialista de la sociedad es la causa más grande a la que merece la pena dedicar nuestras vidas. Ponte en contacto:

Contacto

REDACCIÓN

contacto@marxist.com

CANADÁ

Fightback
fightback@marxist.ca
www.marxist.ca
Tel: (416) 461-0304
La Riposte
lariposte@marxiste.qc.ca
www.marxiste.qc.ca

ESTADOS UNIDOS

Socialist Revolution
www.socialistrevolution.org

MÉXICO

La Izquierda Socialista
www.marxismo.mx
contacto@marxismo.mx
Tel: +52 55 8561 3576

BOLIVIA

Lucha de Clases
lucha.clases.bolivia@gmail.com
FB: LuchadeClasesBO

BRASIL

Esquerda Marxista
www.marxismo.org.br
contato@marxismo.org.br
Fone Brasil: (+55 11) 99965-5542

ESTADO ESPAÑOL

www.luchadeclases.org
contacto@luchadeclases.org
Tel: 646 630 889

CHILE

Corriente Marxista Internacional
chile@americasocialista.org

HONDURAS

facebook.com/IzquierdaMarxista
izquierdamarxista.wordpress.com
izquierdamarxista.hn@gmail.com

GUATEMALA

cmiguatemala2020@gmail.com
Tel: +502 42042891

COLOMBIA

Colombia Marxista
www.colombiamarxista.com
colombiamarxista@gmail.com

VENEZUELA

Lucha de Clases
Tel.: 0412-378-82-03
www.luchadeclases.org.ve
cmivenezuela1@gmail.com

EL SALVADOR

Bloque Popular Juvenil
www.bloquepopularjuvenil.org
redaccionmilitantebpj@gmail.com
Tel: +503 7300-5356

ARGENTINA

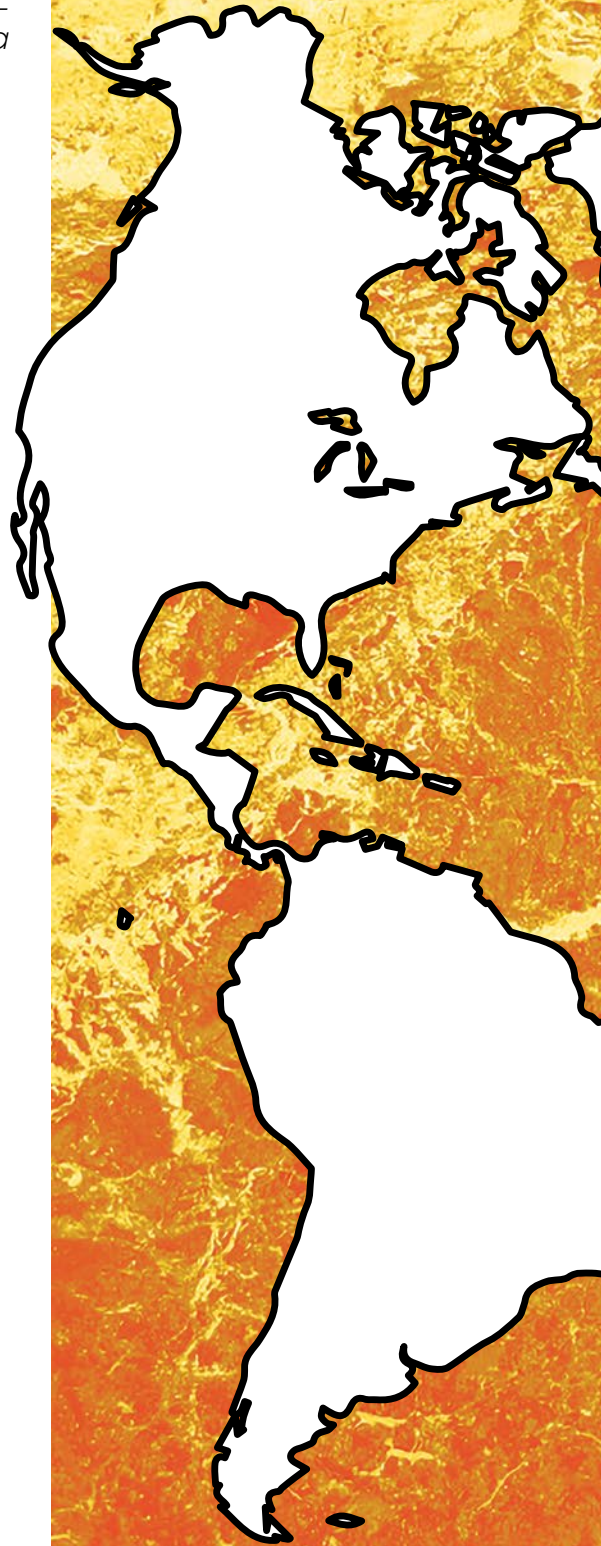
Corriente Socialista Militante
www.argentinamilitante.org
elmilitante.argentina@gmail.com
Tel: +54 9 3416 565104

PUERTO RICO

Rumbo Alterno
www.rumboalterno.net
rumboalterno@gmail.com

PERU

cmi.peru2021@gmail.com



americasocialista.org

¿ERES COMUNISTA?

ALAN WOODS

El presente número se centra en la lucha por el comunismo y pretende ofrecer una serie de lecciones importantes de la historia de la Unión Soviética y de la fracasada revolución alemana. Esto, esperamos, servirá para educar a una nueva generación de comunistas, que hoy se incorporan a la lucha.

La campaña «¿Eres comunista?» de la Corriente Marxista Internacional está dando resultados notables en todas partes.

Nuestro éxito es percibido por nuestros amigos, que naturalmente están encantados. También lo notan nuestros enemigos, cuyo disgusto aumenta enormemente porque, sencillamente, no pueden entenderlo.

Esta incompreensión no es difícil de explicar. No comprenden en absoluto la naturaleza del periodo que estamos atravesando y, en consecuencia, se encuentran en una profunda crisis.

Los reformistas y los estalinistas están en crisis. Y están unidos en su confusión desesperada a la miríada de sectas que pululan en la periferia del movimiento obrero.

Es precisamente su bancarrota ideológica la que ha metido en un lío a todos los autodenominados “realistas” de la izquierda. Su desprecio por la teoría les hace totalmente incapaces de comprender los procesos reales que operan en la sociedad y reaccionar ante ellos con eficacia.

En consecuencia, han extraído las conclusiones más pesimistas de la situación actual.

En todo este lamentable espectáculo de derrotismo, escepticismo y desmoralización, la Corriente Marxista Internacional destaca como una organización que se basa firmemente en el marxismo y el leninismo, y que presta seria atención a la teoría.

Nuestra fuerza reside en el poder de nuestras ideas. Lenin subrayó que sin teoría revolucionaria la construcción de una organización revolucionaria es imposible. Esta idea es correcta al mil por cien.

¿QUÉ ES UN COMUNISTA?

Una tendencia auténticamente revolucionaria es la que está codo con codo con los elementos más avanzados de los trabajadores y la juventud. Comparte sus experiencias, tanto las derrotas como las victorias. En esto, no somos diferentes de cualquier otro luchador de clase consecuente.

Sólo en un aspecto nos diferenciamos de todas las demás tendencias: en la claridad de nuestro programa y de nuestras perspectivas; en nuestra capacidad para comprender la naturaleza de la etapa por

la que atravesamos y para prever con precisión la futura línea de marcha.

Marx y Engels lo explicaron muy clara y sucintamente en el documento fundacional de nuestro movimiento, *El Manifiesto Comunista*.

En la sección Proletarios y comunistas, leemos lo siguiente:

“¿Qué relación guardan los comunistas con los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos obreros.

No tienen intereses propios que se distingan de los intereses generales del proletariado. No profesan principios especiales con los que aspiren a modelar el movimiento proletario.

Los comunistas no se distinguen de los demás partidos proletarios más que en esto: en que destacan y reivindican siempre, en todas y cada una de las acciones nacionales proletarias, los intereses comunes y peculiares de todo el proletariado, independientes de su nacionalidad, y en que, cualquiera que sea la etapa histórica en que se mueva la lucha entre el proletariado y la burguesía, mantienen siempre el interés del movimiento enfocado en su conjunto.

Los comunistas son, pues, prácticamente, la parte más decidida, el acicate siempre en tensión de todos los partidos obreros del mundo; teóricamente, llevan de ventaja a las grandes masas del proletariado su clara visión de las condiciones, los derroteros y los resultados generales a que ha de abocar el movimiento proletario.”

REVOLUCIONARIOS Y REFORMISTAS

Los comunistas entienden que sin la lucha diaria por avances bajo el capitalismo la revolución socialista sería imposible. La clase obrera en general sólo puede aprender de la experiencia de la lucha de clases.

Es nuestro deber desempeñar el papel más activo en esa lucha y ayudar a los trabajadores a sacar conclusiones revolucionarias de ella, ya que, en última instancia, la realización completa de la lucha por una vida mejor sólo puede lograrse mediante la toma del poder por la clase obrera y el derrocamiento de la dictadura de los bancos y los monopolios.

Como revolucionarios, nos oponemos al reformismo. Pero nuestra diferencia con los reformistas no es que ellos defiendan las reformas y nosotros no. Todo lo contrario. Lucharemos por cualquier reforma que tienda a mejorar la suerte de la clase obrera.

Nuestra crítica a los reformistas es precisamente que no llevan a cabo una lucha consecuente por las reivindicaciones más

elementales de los trabajadores. Buscan pactar con la patronal, evitar el conflicto, frenar el movimiento y conciliar y rendirse a la primera oportunidad.

INTERNACIONALISMO

El Manifiesto también subraya que los comunistas son internacionalistas. El comunismo es internacional o no es nada. La lucha contra el capital trasciende todas las fronteras nacionales artificiales. Nuestra consigna es: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”.

Esto es aún más necesario hoy que en la época de Marx. Defendemos la sagrada unidad de la clase obrera, por encima de todas las divisiones de nacionalidad, lengua, raza, color, sexo o religión.

Por esa razón, nos oponemos implacablemente al nacionalismo reaccionario, al racismo y también a la llamada política de identidad y a cualquier otra ideología venenosa que pretenda dividir al proletariado y desviar su atención de la lucha central: la lucha de clases para derrocar al capitalismo, que es la única manera de abolir todas las formas de opresión y explotación.

La gran Revolución de Octubre en Rusia se llevó a cabo bajo la bandera del internacionalismo proletario. Pero décadas de degeneración burocrática estalinista tuvieron un efecto fatal en los partidos comunistas a escala internacional. Los dirigentes de los partidos comunistas se apartaron de las ideas de Lenin, con resultados catastróficos.

Ahora no les queda nada del comunismo, salvo un nombre vacío. La mayoría han degenerado en meros reformistas. Esto ha provocado graves conflictos con las bases, que desean defender el verdadero comunismo. Ha llegado el momento de reclamar el retorno a una auténtica política comunista: el retorno a la política de Lenin.

Las condiciones actuales están maduras para ese cambio. La crisis mundial del capitalismo abre un nuevo y tormentoso periodo de lucha de clases que exige el retorno a una política internacionalista auténticamente revolucionaria y proletaria.

ETAPAS SUCESIVAS DE LA REVOLUCIÓN

El proceso revolucionario no surge de golpe, completamente armado, como Atenea de la cabeza de Zeus. Se despliega por etapas, siguiendo un proceso de aproximaciones sucesivas.

Como señala Trotsky en *La Historia de la Revolución Rusa*, este proceso se manifiesta en el ascenso y la caída de diferentes partidos y líderes, en los que, dice, el más radical siempre sustituye al menos radical.

La primera ola de radicalización que siguió al colapso de 2008 trajo al frente a lo que podríamos llamar los reformistas de izquierda, o al menos a algunos dirigentes que se expresaban en un lenguaje muy radical.

En Grecia, se produjo el repentino ascenso de SYRIZA y Alexis Tsipras. En el Estado español, hubo un desarrollo similar con Podemos y Pablo Iglesias. En Estados Unidos se produjo el movimiento de masas en torno a Bernie Sanders.

Y en Gran Bretaña, la elección de Jeremy Corbyn como líder del Partido Laborista impulsó a cientos de miles de personas a la actividad política y desquició a la burguesía, que pensó que había perdido el control del laborismo para siempre.

Las esperanzas de las masas se elevaron a las alturas, sólo para ser defraudadas. En todos los casos, a la hora de la verdad, los líderes de "izquierda" capitularon y el movimiento quedó destruido.

¿Cómo ha podido ocurrir? Por supuesto, no podemos ignorar los fallos individuales de estos líderes: su cobardía y capitulación. Pero esta no fue la verdadera razón.

En realidad, los reformistas de izquierda, por su propia naturaleza, son incapaces de llevar la lucha hasta el final. En última instancia, están de acuerdo con la derecha en el punto central: todos aceptan la inevitabilidad del capitalismo; aceptan el sistema existente.

Por esta razón, la traición es inherente a todas las variantes del reformismo, independientemente de los motivos y deseos personales de los individuos en cuestión. La capitulación de la llamada "izquierda" era, por tanto, inevitable y previsible de antemano.

La vacilación y la cobardía no son aquí una cuestión de psicología personal. Están enterradas profundamente en el ADN del reformismo de izquierdas, que siempre retrocede ante una lucha decisiva y se rinde ante la derecha.

UN PERIODO DE SELECCIÓN

Los que tenían ilusiones en los reformistas de izquierda están ahora completamente desmoralizados. Se imaginan que todo está perdido y se pasan todo el tiempo lamentándose de la situación, que todos están de acuerdo en que es desesperada.

Muchos de la vieja generación están infectados por la enfermedad del escepticismo y el pesimismo, para la que no existe antídoto. En consecuencia, la mayoría de ellos no sirven para nada. Están completamente ciegos ante lo que ocurre realmente en la sociedad.

¿Cuál es entonces el verdadero significado del período que acabamos de vivir? Fue un período de preparación, en el que una capa importante de trabajadores y jóvenes pasó por la escuela del reformismo de izquierda y aprendió algunas dolorosas lecciones. Fue, por tanto, un proceso necesario de limpieza de ideas desacreditadas

y de exposición despiadada de las limitaciones del reformismo de izquierda.

Pero esto estaba preparando el camino para el surgimiento de una auténtica tendencia comunista. Vemos claras pruebas de ello en muchos países, incluido Estados Unidos. Hay un número creciente de jóvenes en particular que miran más allá del reformismo de izquierdas, más allá de Bernie Sanders, más allá de Tsipras, más allá de Corbyn.

Como resultado, muchos de los jóvenes más avanzados ya no desean que se les asocie ni siquiera con la palabra "socialismo", que identifican con una capitulación cobarde ante el sistema actual. Buscan una bandera limpia y una dedicación clara e inequívoca a la guerra de clases y a la revolución social. Quieren el comunismo, ¡nada más!

En la mayoría de los casos, han llegado a estas conclusiones instintivamente. No han leído los tres volúmenes de *El Capital* de Marx, o tal vez ni siquiera *El Manifiesto Comunista*. Pero son comunistas de alma y corazón, que desean fervientemente participar de forma activa y organizada en la lucha revolucionaria.

Sólo un pedante sin remedio se sentirá ofendido por su falta de educación marxista. Las ideas se pueden aprender fácilmente en los libros. Pero el mero aprendizaje de los libros nunca puede proporcionarnos el entusiasmo y el espíritu revolucionario, que es el alma ardiente del revolucionarismo proletario.

Se trata de un avance sumamente importante, con el que la CMI ha logrado conectar.

¿POR QUÉ LUCHAN LOS COMUNISTAS?

El período en el que hemos entrado será un período de tormenta y tensión. La situación objetiva no sólo está madura para la revolución socialista; está ya podrida. Pero debido a la debilidad del factor subjetivo, se prolongará en el tiempo, con muchos altibajos.

Habrà muchos avances y también muchas derrotas. Pero a través de todos estos acontecimientos, la clase obrera aprenderá. Se están preparando las condiciones materiales para un rápido cambio en la conciencia de las masas. Ya podemos ver pruebas de ello.

Si les pregunto por qué luchamos realmente, probablemente me responderán: luchamos por los puestos de trabajo, por la vivienda, por una buena sanidad y pensiones, etcétera.

Por supuesto, todas estas cosas son necesarias. Pero no son más que las condiciones básicas de la existencia. Ese es el primer paso para la creación de una nueva sociedad. Pero es sólo el primer paso. La verdadera transformación de la vida humana sólo se produce cuando se han conseguido estas cosas.

La polémica sobre la inteligencia artificial plantea el futuro del capitalismo en los

términos más crudos. En el capitalismo, la introducción de nuevas tecnologías significará inevitablemente la destrucción de un gran número de puestos de trabajo, no sólo mecánicos, sino también de muchas ocupaciones cualificadas y semicualificadas. Amenaza el sustento de enfermeras, contables e incluso cirujanos. El resultado será una agitación social a gran escala.

Pero desde una perspectiva comunista, estas innovaciones tienen un significado totalmente distinto.

Desde hace 10.000 años, la cultura es monopolio de una ínfima minoría. La gran mayoría se ha visto reducida al papel de esclavos de una u otra forma: los "leñadores y aguadores", por citar la Biblia.

Pero bajo un plan de producción socialista armonioso, la aplicación de la inteligencia artificial y otras nuevas tecnologías servirá para revolucionar las condiciones de vida. Se puede eliminar toda la monotonía del trabajo y reducir drásticamente la jornada laboral a un mínimo absoluto.

Esto proporcionará la base material real para lograr una auténtica emancipación de la raza humana. La reducción drástica de las horas de trabajo es la condición previa para una auténtica revolución cultural.

Por primera vez en la historia, las puertas se abrirán de par en par para que las masas puedan realmente conquistar los grandes tesoros de la cultura que les han sido escamoteados.

El gran socialista utópico francés, Charles Fourier, definió el socialismo como la realización del potencial de la raza humana. Por eso luchamos.

Nuestro objetivo es crear un paraíso en este mundo: un mundo nuevo, en el que la vida adquirirá un significado totalmente nuevo. Y por primera vez, hombres y mujeres podrán elevarse a su verdadera estatura.

Esa es la única causa por la que merece la pena luchar. *Por eso somos comunistas.*

Londres
9 de septiembre ■



ПОБЕДА РЕВОЛЮЦИИ В СОТРУДНИЧЕСТВЕ РАБОЧИХ И КРЕСТЬЯН



“La victoria de la revolución en la cooperación de obreros y campesinos”. Mijaíl Chermnykh, 1925

LA ECONOMÍA SOVIÉTICA: CÓMO FUNCIONABA... Y CÓMO NO FUNCIONABA

Marx explicó que todo sistema social está sujeto a sus propias leyes: dinámicas, fuerzas y presiones objetivas que rigen su movimiento y desarrollo. En este artículo, **Adam Booth** examina las primeras décadas de la Unión Soviética, con el fin de proporcionar una comprensión concreta de las leyes económicas que se impusieron al joven Estado obrero, y armar a una nueva generación con las lecciones necesarias para llevar a cabo con éxito la lucha por el comunismo.

“Los inmensos resultados obtenidos por la industria, el comienzo prometedor de un crecimiento de la agricultura, el crecimiento extraordinario de las viejas ciudades industriales, la creación de otras nuevas, el rápido aumento del número de obreros, la elevación del nivel cultural y de las necesidades, son los resultados indiscutibles de la Revolución de Octubre en la que los profetas del viejo mundo creyeron ver la tumba de la civilización. Ya no hay necesidad de discutir con los señores economistas burgueses: el socialismo ha demostrado su derecho a la victoria, no en las páginas de *El Capital*, sino en una arena económica que constituye la sexta parte de la superficie del globo; no en el lenguaje de la dialéctica, sino en el del hierro, el cemento y la electricidad.”

— León Trotsky, *La revolución traicionada*

La Revolución Rusa fue el mayor acontecimiento de la historia de la humanidad. Dirigida por los bolcheviques, la clase obrera tomó el poder, enarboló la bandera de la revolución socialista internacional y ofreció un faro de esperanza a las masas explotadas y oprimidas de todo el mundo.

Pero lo hicieron en las condiciones más extremas y desfavorables: en un país económicamente atrasado, devastado por años de guerra y convulsiones, y asediado por el imperialismo. Además, lo hicieron sin ninguna hoja de ruta, salvo la breve experiencia de la Comuna de París, que fue ahogada en sangre a los pocos meses.

A pesar de realizar enormes progresos en el campo del desarrollo económico, la URSS nunca logró construir una

sociedad comunista. No obstante, las primeras décadas de la Unión Soviética —de 1917 a 1937— proporcionan una serie de lecciones importantes para los comunistas, que es nuestro deber estudiar y asimilar plenamente.

Examinando la economía soviética en este periodo, con todos sus defectos, y siguiendo los debates teóricos que surgieron entre los bolcheviques sobre cuestiones económicas, podemos obtener una comprensión concreta de las leyes económicas que operarían en la transición del capitalismo al comunismo, y arrojar luz sobre cómo podría construirse una sociedad comunista.

RÉGIMEN TRANSITORIO

El 7 de noviembre de 1917 (25 de octubre en el antiguo calendario ruso), Lenin

subió a la tribuna en el Segundo Congreso Panruso de los Soviets y anunció: “¡Ahora vamos a dedicarnos a edificar el orden socialista!”²

Sin embargo, ni Lenin ni ninguno de los bolcheviques creían que fuera posible construir este orden de la noche a la mañana. Ese mismo año, en su obra maestra *El Estado y la Revolución*, Lenin citó a Marx:

“Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista – prosigue Marx – media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, y el Estado de este período no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado.”³

Como Marx y Engels explicaron en *El Manifiesto Comunista*: “el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante”.

Una vez conquistado el poder, la clase obrera extendería su dominio revolucionario de clase por todo el mundo y “El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.”⁴

Sobre esta base, la sociedad alcanzaría lo que Marx llamó la “primera fase de la sociedad comunista”⁵, comúnmente denominada ‘socialismo’. Sólo entonces los últimos vestigios de la sociedad de clases – como el Estado, el dinero y la desigualdad – comenzarían finalmente a marchitarse y morir.

El carácter transitorio del régimen bolchevique fue reconocido explícitamente por Lenin en 1918:

“... la expresión República Socialista Soviética significa la decisión del Poder soviético de llevar a cabo la transición al socialismo, mas en modo alguno el no reconocimiento del nuevo régimen económico como socialista.”⁶

Pero Lenin y los bolcheviques también comprendieron que las condiciones en Rusia distaban mucho de las necesarias para construir un socialismo o comunismo.

DESARROLLO DESIGUAL Y COMBINADO

En 1917, a escala mundial, existían sin duda las condiciones para el socialismo. En las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial, la producción capitalista se había socializado y planificado cada vez más. Pero la riqueza producida seguía siendo objeto de apropiación privada, por parte de la patronal y los banqueros.

Como explicó Lenin en *El Imperialismo: La fase superior del capitalismo*, la economía había pasado a estar dominada por los monopolios, que se habían fusionado con



“Toda cocinera debe aprender a gobernar - Lenin”. Rayev Makarychev, 1925

el capital financiero y el Estado, para formar lo que él denominó “capitalismo monopolista de Estado”⁷.

La maquinaria bélica imperialista alemana fue un ejemplo de ello. Los consorcios industriales y las redes de transporte del país pasaron a manos del Estado. En lugar del mercado “libre”, se planificó la producción, aunque en interés de los capitalistas.

Sin embargo, la clase obrera no había tomado el poder por primera vez en un país capitalista avanzado, como Alemania o Gran Bretaña, sino en la Rusia semifeudal, donde ni siquiera se habían cumplido las tareas de la revolución burguesa, como la reforma agraria.

“... la historia”, señaló Lenin, “parió hacia 1918 dos mitades separadas de socialismo, una cerca de la otra”.

“Alemania y Rusia”, prosiguió, “encarnaron en 1918 del modo más patente la realización material de las condiciones económico-sociales, productivas y económicas del socialismo, de una parte, y de sus condiciones políticas, de otra.”⁸

Era una poderosa expresión de lo que Trotsky denominó la “ley del desarrollo desigual y combinado”.

Debido a su atraso, la Rusia zarista se vio obligada a importar capital, maquinaria y técnica del extranjero. Como resultado, en 1914 el país se caracterizaba por

islas de industria moderna, con una clase obrera desarrollada, rodeadas de un mar de atraso económico, cultural y agrícola.

Esta contradicción sería a la vez la madre de la Revolución Rusa y, en última instancia, su sepulturera.

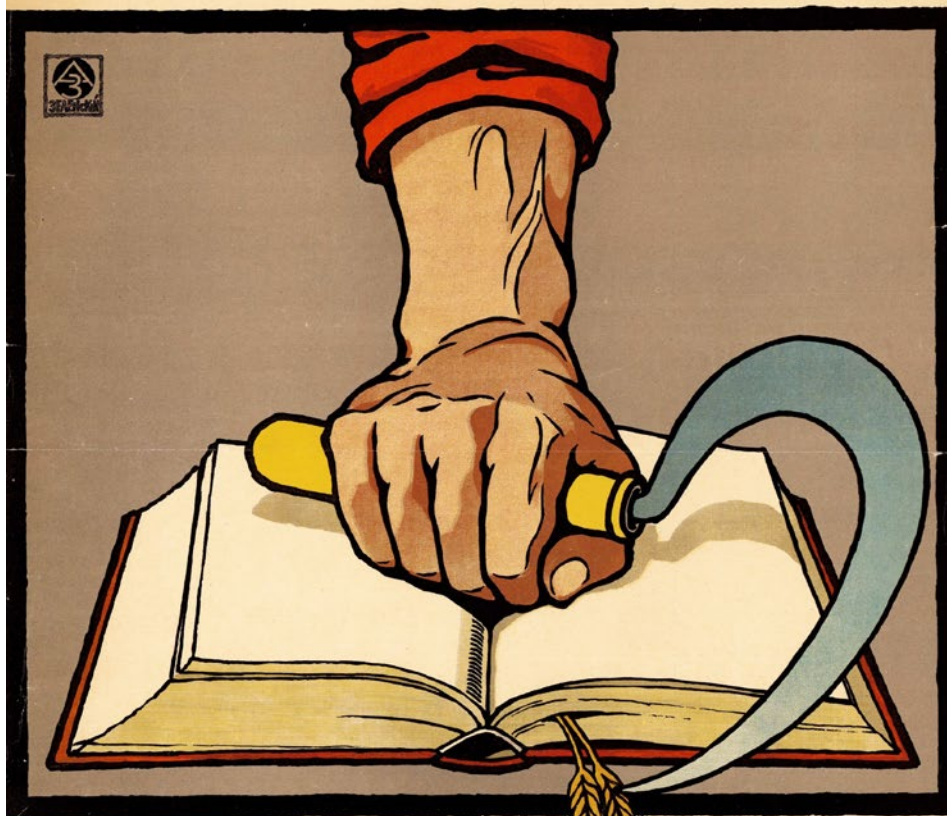
La cadena del capitalismo mundial se rompió por su eslabón más débil. Rusia fue impulsada al camino de la revolución socialista “no porque su economía fuera la más madura para la transformación socialista”, como explicó Trotsky, “sino porque esta economía ya no podía desarrollarse sobre bases capitalistas.”⁹

Rusia era la más débil de las grandes potencias implicadas en la Primera Guerra Mundial, sin las modernas fuerzas armadas ni la industria a disposición de sus rivales. La limitada capacidad industrial del país tuvo que desviarse hacia la producción de armas, lo que agravó la escasez de productos de primera necesidad y la desintegración de las infraestructuras.

Además, el régimen dependía especialmente de la impresión de dinero y de la deuda para financiar sus gastos militares. En consecuencia, los precios se multiplicaron por tres durante esos años.¹⁰

Los ministros zaristas intentaron paliar el hambre de obreros y soldados imponiendo un impuesto sobre el grano a los campesinos. Pero esto provocó la furia en el campo.

ЧТОБЫ БОЛЬШЕ ИМЕТЬ-
НАДО БОЛЬШЕ ПРОИЗВОДИТЬ



ЧТОБЫ БОЛЬШЕ
ПРОИЗВОДИТЬ-
НАДО БОЛЬШЕ
ЗНАТЬ

“Para tener más, tienes que producir más. Para producir más, tienes que saber más.”
Alexander Zelensky, 1920

El colapso económico, la inflación galopante, la escasez de bienes, la obtención forzosa de alimentos del campesinado: todos estos horrores que los historiadores burgueses acusan a los bolcheviques de haber provocado ya existían mucho antes de la introducción del “comunismo de guerra”.

Fueron estas terribles condiciones las que provocaron las protestas masivas en San Petersburgo que condujeron a la caída del zar en febrero de 1917 y, posteriormente, del Gobierno Provisional, dando paso a la Revolución de Octubre.

Pero las mismas condiciones que prepararon el camino para la revolución socialista convirtieron la construcción del socialismo en un sueño irrealizable dentro de las fronteras del antiguo Imperio ruso.

Desde el principio, Lenin y los bolcheviques se embarcaron en este formidable objetivo, armados con la perspectiva de que el éxito de la revolución vendría determinado en última instancia por

su extensión internacional. Sin ello, la naciente República Soviética no podría sobrevivir, y mucho menos construir el socialismo.

Este hecho fue reconocido explícitamente por Lenin en 1918, cuando declaró: “Pero de todos modos y con todas las peripecias posibles e imaginables, si la revolución alemana no llega, estamos perdidos”.¹¹

MARXISMO FRENTE A AUTONOMISMO

La tarea inmediata de los bolcheviques no era -ni podía ser- la aplicación de un plan socialista plenamente formado, sino simplemente la prevención del colapso total, junto con la extensión de la revolución mundial.

Los bolcheviques habían llevado al poder a los obreros y campesinos de Rusia. Pero en los meses que siguieron a octubre de 1917, también se vieron arrastrados por el movimiento, obligados a reaccionar ante los acontecimientos, en lugar de guiarlos.

La toma del poder se había producido en el contexto de un inmenso fermento revolucionario tanto en las ciudades como en el campo. Los obreros formaron comités de huelga en las fábricas, mientras que los campesinos pobres expulsaron a los terratenientes de sus fincas y empezaron a redistribuir la tierra entre ellos.

Lenin y los bolcheviques intentaron canalizar esta ola hacia fines socialistas. Pero las consideraciones políticas se impusieron sistemáticamente a los ideales económicos. Y el aparato del nuevo Estado obrero no era lo bastante fuerte para traducir la política en acción.

Tomemos la cuestión de la tierra. Un día después de la insurrección de octubre, el II Congreso Panruso de los Soviets aprobó un decreto que abolía formalmente toda propiedad privada de la tierra. Sin embargo, en lugar de utilizar la tierra expropiada para establecer granjas colectivas a gran escala y organizar la agricultura de acuerdo con las líneas socialistas, los bolcheviques se vieron obligados a adoptar el programa del llamado “Partido Socialista Revolucionario”, que daba la tierra a los campesinos de forma individual.

De este modo, los bolcheviques pudieron ganarse a las masas campesinas. Pero una vez en el gobierno, pronto surgieron fricciones con esta masa de pequeños propietarios recién dotada.

Algo similar sucedió con los obreros y los comités de fábrica, los bolcheviques los consideraban una forma embrionaria de control y gestión obrera, parte integrante de la planificación socialista en la industria. Y dado el atraso del país, Lenin preveía un período prolongado de control obrero, durante el cual la clase obrera aprendería a dirigir la industria estudiando los métodos de los antiguos propietarios y sus expertos.

Sin embargo, los primeros pasos en la dirección del control obrero fueron anárquicos, aplicados a fábricas localizadas sin ningún plan. Muchos trabajadores percibían el control obrero en un sentido más sindicalista: no en términos de poder de los trabajadores sobre la producción en su conjunto, sino en términos de cooperativas de trabajadores que dirigían sus propios centros de trabajo, de manera totalmente independiente y aislada.

A medida que los trabajadores ocupaban las fábricas y los capitalistas huían de la escena, muchas empresas pasaron a ser propiedad del Estado. Pero los trabajadores de estas empresas a menudo asumieron que ellos mismos eran ahora los propietarios.

En su *Historia de la Rusia soviética*, E. H. Carr relata que incluso hubo casos en los que “los obreros, tras hacerse con el control de una fábrica, simplemente se apropiaron de sus fondos o vendieron sus existencias e instalaciones en beneficio propio”¹².

Esta era la diferencia entre el marxismo y el "autonomismo"; entre los trabajadores que actúan como clase contra los capitalistas y los grupos de trabajadores que luchan contra empresarios individuales; entre la planificación coordinada y centralizada de un Estado obrero y el control independiente de consejos y cooperativas de trabajadores dispersos y aislados.

"La noción de que los problemas de la producción y de las relaciones de clases en la sociedad podían resolverse mediante la acción directa y espontánea de los trabajadores de fábricas individuales no era socialismo, sino sindicalismo", concluye Carr, y añade:

"El socialismo no pretendía subordinar al irresponsable empresario capitalista a un comité de fábrica igualmente irresponsable que reclamara el mismo derecho de independencia de la autoridad política real; eso sólo podría perpetuar la "anarquía de la producción" que Marx consideraba el estigma condenatorio del capitalismo."¹³

NACIONALIZACIÓN DE LA INDUSTRIA

Los bolcheviques intentaron conscientemente controlar la situación. En diciembre de 1917, el gobierno soviético creó el Consejo Supremo de Economía Nacional - abreviado VSNKh, alias Vesenkha.

La Vesenkha era responsable de "organizar la actividad económica de la nación y los recursos financieros del gobierno".¹⁴ Su primera tarea fue poner bajo su control a los *glavki*: trusts de grandes empresas de cada industria, como la metalúrgica y la textil, que habían surgido en tiempos zaristas para planificar la producción en tiempos de guerra.

La primera industria nacionalizada fue la financiera. Al analizar la Comuna de París, Marx subrayó que el hecho de que los comuneros no se apoderaran del Banco de Francia había sido un error fatal. Lenin y los bolcheviques hicieron suyas estas sabias palabras.

En diciembre de 1917, en respuesta al sabotaje de los banqueros, el gobierno soviético desplegó tropas y decretó la fusión de los bancos en un único Banco Nacional, con el monopolio de la moneda y el crédito.

El gobierno también anuló todas las deudas públicas acumuladas por sus predecesores, especialmente las contraídas con financieros extranjeros. Esto fue recibido con aullidos de protesta por parte de los imperialistas, que rápidamente cortaron las líneas de crédito restantes, realzando la importancia del control estatal sobre el sistema financiero.

En otros lugares, las nacionalizaciones fueron en su mayoría espontáneas al principio: una respuesta defensiva al sabotaje de la patronal, o un respaldo retroactivo a la acción directa de los trabajadores. En

los primeros nueve meses, más de dos tercios de las nacionalizaciones se llevaron a cabo por iniciativa de los soviets locales y los consejos obreros, no por órdenes de la cúpula.¹⁵

Sin embargo, a partir de mayo-junio de 1918, cuando se intensificó el vandalismo de los capitalistas y los imperialistas aumentaron su intervención, los bolcheviques se vieron obligados a cambiar de dirección y nacionalizar sectores enteros de la industria. Pero incluso entonces, estas expropiaciones se llevaron a cabo principalmente de manera *ad hoc*, no como parte de un plan general.

La clase obrera era claramente la fuerza motriz de la revolución. Pero esta energía necesitaba ser canalizada y dirigida, de forma conscientemente organizada y planificada.

Lenin explicó, sin embargo, que el joven Estado soviético no tenía capacidad para planificar adecuadamente la producción. En muchos casos, como el Estado carecía de recursos, las empresas nacionalizadas se arrendaban rápidamente a sus antiguos propietarios, con los mismos directores en sus puestos.

Mientras tanto, un auténtico sistema de control y gestión obrero implicaría el trabajo conjunto de los comités de fábrica, los sindicatos y los soviets locales. Y para tener éxito, esbozó Lenin, se requerirían ciertas condiciones materiales, condiciones que la República Soviética aún no poseía.

Lo que se necesitaba era una clase trabajadora con tiempo y cultura suficientes: un nivel de productividad tal que los trabajadores dispusieran de suficiente tiempo libre para participar en la gestión de la producción, junto con la educación y los conocimientos necesarios para realizar las tareas administrativas que ello implicaba.

En resumen, ni siquiera la planificación socialista podría llevarse a cabo adecuadamente sin un rápido desarrollo de las fuerzas productivas.

En su lugar, Lenin abogaba por la nacionalización únicamente de las palancas clave de la economía, dejando en su lugar a los antiguos gestores, pero bajo la supervisión de los trabajadores. Esto debía ir acompañado de la máxima centralización y organización de la industria, bajo la supervisión de Vesenkha.

En esta época surgió en el Partido Bolchevique una oposición "comunista de izquierdas" que planteaba desacuerdos con esta posición. Estos ultraizquierdistas se apoyaban en la concepción más autónoma del control obrero, al tiempo que abogaban por una "política decidida de socialización".

Lenin les dio poca importancia, así como a sus denuncias de que el gobierno perseguía una "desviación bolchevique de derecha"¹⁶.

"Hoy, sólo los ciegos podrán no ver que hemos nacionalizado, confiscado, golpeado y acabado más de lo que hemos sabido contar.", afirmó Lenin. Pero, subrayó, "la socialización se distingue precisamente de la simple confiscación en que se puede confiscar con la sola "decisión", sin saber contar y distribuir acertadamente, *pero es imposible socializar sin saber hacer eso.*"¹⁷

La nacionalización de los "pilares básicos" de la economía fue acompañada del establecimiento de un monopolio estatal sobre el comercio exterior, que se implantó oficialmente en abril de 1918.

Esto era vital para proteger a la recién nacida economía soviética de las presiones del mercado mundial capitalista y para impedir que los comerciantes oportunistas sacaran riqueza del país o se beneficiaran de las importaciones.

De cara al futuro, junto a la nacionalización de la gran industria, el control de las finanzas y del comercio exterior también sería fundamental para la planificación socialista. A corto plazo, estas medidas eran esenciales para la defensa de la revolución.

Así estaban las cosas en la República Soviética cuando empezó a desarrollarse la guerra civil, que impulsó a los bolcheviques a enfrentarse con dificultades aún mayores.

GUERRA COMUNISMO

El trastorno de la guerra mundial y la guerra civil, en rápida sucesión, fue profundo.

Entre 1918 y 1920, millones de refugiados internos se vieron obligados a huir de sus hogares, mientras las tropas imperialistas y los ejércitos blancos saqueaban ciudades y pueblos. Millones más murieron de hambre y de epidemias de enfermedades.

Esto se sumó a las grandes pérdidas territoriales como resultado del tratado de Brest-Litovsk y el saqueo imperialista alemán.

Las cosechas se vieron gravemente perturbadas, el transporte se dislocó y la población urbana cayó en picado, ya que los trabajadores hambrientos regresaron a sus pueblos en busca de comida.

Con las fábricas privadas de trabajadores, materias primas y combustible, la producción industrial cayó en picado. En 1920, la industria a gran escala funcionaba a sólo el 13% de su nivel de preguerra.¹⁸

El único objetivo del gobierno bolchevique en ese momento era la supervivencia. Así comenzó el periodo y el programa conocidos como "comunismo de guerra": un intento de canalizar todos los recursos disponibles hacia el Ejército Rojo.

De este modo, poco quedaba para los obreros y los campesinos. Los primeros se enfrentaron a una espiral de precios y a una aguda escasez en las ciudades, junto



“Cada golpe de martillo es un golpe al enemigo”. Viktor Deni, 1920

con horarios y condiciones penosas en las fábricas. A los segundos, el Estado les requisaba el grano y el ganado.

El gobierno intentó resolver la crisis alimentaria declarando la guerra a los especuladores, comerciantes privados y *kulaks* (campesinos capitalistas ricos), que se lucraban y acaparaban grano. Pero los asaltos a aldeas y almacenes sólo permitieron obtener una cantidad limitada.

El gobierno central también pidió ayuda al movimiento cooperativo, con la esperanza de que pudieran obtener y distribuir alimentos a través de sus redes. Irónicamente, se mostraron muy poco cooperativos.

En 1919, por tanto, los bolcheviques introdujeron la *prodrazvyorstka*: cuotas obligatorias de entrega de grano, a precios fijados por el Estado. En algunos casos, esto significaba la confiscación de los excedentes de grano. En otros, equivalía a lo mismo, ya que el dinero pagado a cambio era escaso y cada vez más inútil, gracias a la inflación.

Miles de voluntarios se alistaron para ayudar en la campaña de requisas. Sindicatos, comités de fábrica y soviets formaron “brigadas de alimentos” armadas, cuyo objetivo principal eran los *kulaks*.

Además de descubrir reservas secretas y obtener grano, su misión consistía en agitar políticamente a los campesinos más pobres para que se unieran tanto a la búsqueda de alimentos como a la lucha contra las capas más ricas del campo.

El objetivo de los bolcheviques era abrir una brecha entre los *kulaks* y el resto del campesinado. Sin embargo, el excedente que podía obtenerse de los primeros no era suficiente, lo que llevó a ampliar las atribuciones de la *prodrazvyorstka*. Estos últimos, por su parte, tendían a identificarse más con sus compañeros del campo que con los trabajadores de las ciudades.

Sin dinero ni productos manufacturados suficientes que ofrecer a los campesinos a cambio de su grano, las requisas se enfrentaron a la resistencia y el sabotaje, incluyendo reducciones en los niveles de siembra.

Los trabajadores de las brigadas de alimentación corrían el peligro de ser masacrados por los esbirros de los *kulaks*. En más de un caso, los cadáveres de los requisadores aparecieron en graneros, con los vientres rajados y rellenos de grano.¹⁹

El gobierno estaba atrapado en un círculo vicioso. Sin una industria adecuada, no podía proporcionar a los campesinos los bienes que exigían a cambio de sus alimentos. Esto significaba un empeoramiento de la escasez de alimentos para los trabajadores, lo que provocaba una mayor caída de la producción industrial. Y mientras tanto, había que alimentar al ejército.

MEDIDAS EXTREMAS

La guerra civil aceleró la nacionalización de la industria. El esfuerzo militar exigía una centralización estricta para combatir el caos que proliferaba en toda la economía. Había que concentrar la producción en las fábricas más eficaces. Y los materiales escasos debían asignarse allí donde fueran más eficaces.

En noviembre de 1920, la *Vesenkha* era responsable de la supervisión de entre 3.800 y 4.500 empresas estatales²⁰, la mayoría en la gran industria, pero también en industrias más pequeñas que no eran exactamente los “pilares fundamentales” de la economía.

El número de funcionarios de la *Vesenkha* y personal de los *glavki* se disparó de unos 300 en marzo de 1918 a 6.000 en total seis meses después.²¹ Muchos de ellos habían servido en el aparato estatal zarista, lo que avivó la ira entre los trabajadores.

Incluso en estas condiciones de asedio, los bolcheviques mantuvieron el debate sobre cuestiones clave: la relación entre los planificadores centrales y los soviets locales, y entre centralización y federalismo; el uso de especialistas y administradores burgueses, a los que se ofrecían salarios más altos y primas; y el papel de los sindicatos como instrumentos de movilización de la mano de obra.

En todas estas cuestiones surgieron críticas contra la dirección, sobre todo por parte de la llamada “Oposición Obrera”. Lenin y Trotsky fueron los primeros en admitir que las medidas extremas que exigía la guerra civil distaban mucho de ser ideales. Pero eran necesarias.

La guerra no podía ganarse sin la máxima centralización. La industria estatal no podía ser dirigida por una clase obrera inexperta y agotada, sin la ayuda de expertos. La tarea más apremiante del momento era la supervivencia y no el socialismo.

Al agravarse la escasez, el gobierno intensificó su control sobre la distribución. Se nacionalizaron las cooperativas y los comercios minoristas. Se fijan los precios de una serie de productos. El racionamiento, introducido por primera vez antes de la revolución, se reactivó, dando prioridad a los trabajadores industriales y colocando a los antiguos burgueses al final de la cola.

Pero las raciones no eran suficientes. En 1919-20, sólo alrededor del 20-25 por ciento del consumo de alimentos en las ciudades procedía de los suministros racionados.²² Los empleados de las fábricas incluso cultivaban sus propias verduras en los huertos de los centros de trabajo. Tal era el hambre que en Petrogrado ya no se encontraban gatos, perros ni caballos.²³

Los mercados habían sido oficialmente abolidos. Pero las restricciones gubernamentales eran impotentes. La ley de la oferta y la demanda seguía haciéndose sentir. Los mercados negros se multiplican y los especuladores ofrecen bienes escasos a precios exagerados.

Para financiar los gastos del Estado, el gobierno recurrió cada vez más a la impresión de dinero. El rublo se devaluó cada vez más. La tasa de inflación pasó del 600% en 1918 al 1.400% un año después.²⁴

A medida que la moneda perdía valor, la economía empezó a sobrevivir sin ella. El dinero fue sustituido por pagos en especie. Las empresas nacionalizadas intercambiaban materiales basándose en la contabilidad de la *Vesenkha*. El Estado proporcionaba raciones y servicios gratuitos, como comedores y transportes públicos. Y en lugar de salarios, los trabajadores de las fábricas recibían una parte de sus propios productos industriales, que se intercambiaban mediante trueque en el mercado negro.

LA LEY DEL VALOR

El comunismo de guerra, por emergencia y conveniencia, había dado lugar a una economía casi totalmente nacionalizada y sin dinero. Pero esto tenía poco en común con la concepción marxista del socialismo o el comunismo. Este resultado contradictorio fue producto de la devastación y la desesperación, no de la doctrina o el diseño.

Los bolcheviques más ultraizquierdistas intentaron hacer de la necesidad virtud. Lo que había surgido de forma inesperada y anárquica, como resultado del caos y el colapso, se pintó como un paso deliberado hacia el socialismo.

De hecho, las leyes del capitalismo siguieron operando, no sólo externamente, a través de la presión del mercado mundial, sino dentro de los límites del propio Estado obrero.

Para cada sistema económico, demostró Marx, existen ciertas dinámicas objetivas, que existen independientemente de cualquier intención o voluntad, que regulan la riqueza, el trabajo y los medios de producción de la sociedad.

En el capitalismo, explicó, la riqueza de la sociedad adopta la forma de mercancías: bienes producidos para el intercambio y distribuidos a través del mercado.

Las mercancías, por término medio, se intercambian en función de su valor, determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario que llevan incorporado. Marx llamó a esto la ley del valor.

La ley del valor regula la economía capitalista. Establece las proporciones en que se intercambian las mercancías. Determina el valor del dinero, esa “mercancía de mercancías” y dirige el flujo de capital de un sector a otro, dando forma a la división global del trabajo.

En el capitalismo, cada parte de la economía está interconectada a través de la “mano invisible” del mercado. Pero este sistema funciona a ciegas, a espaldas tanto de los capitalistas como de los trabajadores.

Así pues, la ley del valor se expresa en el capitalismo a través de la anarquía de las fuerzas del mercado y de las fluctuaciones de las señales de precios, buscando el “equilibrio” a través del caos y la crisis.

En el comunismo de guerra, por el contrario, toda la clase capitalista había sido expropiada. Y las relaciones de mercado habían sido formalmente anuladas, distribuyéndose ahora oficialmente los bienes y servicios básicos no como mercancías, sino a través del Estado.

Seguramente, entonces, ¿la ley del valor había sido derrocada, y el dinero podía salir sin problemas del escenario de la historia?

Marx explicó además, sin embargo, que el dinero es en última instancia una medida de valor; una representación del tiempo de trabajo socialmente necesario; un derecho a una parte de la riqueza total de la sociedad.

El dinero es una herramienta social, que actúa como medio de intercambio, unidad de cuenta y depósito de valor. Y como cualquier instrumento, no puede desecharse hasta que se haya vuelto obsoleto e innecesario.

Al igual que el Estado, el dinero debe *marchitarse* en la transición de la primera fase del comunismo (socialismo) a la fase superior del comunismo, a medida que se desarrollan las fuerzas productivas; a medida que la escasez se convierte en superabundancia; y a medida que la producción de mercancías y el intercambio mercantil son sustituidos por la planificación y la asignación conscientes.

Sólo sobre esta base puede superarse la ley del valor como regulador primario de la economía, junto con sus síntomas monetarios y materiales: precios volátiles y escasez.

“En la sociedad comunista, el Estado y el dinero desaparecerán”, explica Trotsky, “y su agonía progresiva debe comenzar en el régimen soviético”. Pero, subraya, “El dinero no puede ser ‘abolido’ arbitrariamente”:

“El fetichismo y el dinero sólo recibirán el golpe de gracia cuando el crecimiento ininterrumpido de la riqueza social libre a los bípedos de la avaricia por cada minuto suplementario de trabajo y del miedo humillante por la magnitud de sus raciones.”²⁵

La existencia del mercado negro y la escasez generalizada eran una clara indicación de que las condiciones materiales para la desaparición de las mercancías, el dinero y la ley del valor -las condiciones para un auténtico comunismo- no existían bajo el comunismo de guerra.

La productividad del trabajo era escasa. Cada “minuto sobrante de trabajo” era precioso. El “tamaño de la propia ración” era realmente humillante.

En estas condiciones, la ley del valor no se debilitó, sino que se afirmó con mayor fuerza, como lo demuestra el hecho de que los trabajadores tuvieran que recurrir al trueque, la forma más elemental de intercambio.

Por tanto, el “comunismo de guerra” representó más un retroceso que un avance hacia la construcción de una sociedad comunista.

Los ultraizquierdistas habían cometido un grave error teórico: suponer que la revolución había anulado de un plumazo las leyes del capitalismo; que la propiedad estatal bastaba para trascender la ley del valor. Este grave error sería repetido más tarde por los estalinistas.

LA NUEVA POLÍTICA ECONÓMICA

A finales de 1920, las tornas habían cambiado a favor del Ejército Rojo. Esto proporcionó cierto respiro, una oportunidad para que los bolcheviques revisaran las políticas del comunismo de guerra y planificaran los siguientes pasos.

Todo el país estaba en ruinas. Todos los aspectos de la economía -industria, agricultura, transporte- estaban destruidos. El hambre y la enfermedad acechaban la tierra. La inflación estaba fuera de control.

Este fue el sombrío contexto de los debates en el seno del partido que comenzaron a principios de 1921 y culminaron en lo que llegó a conocerse como la Nueva Política Económica (NEP).

El problema más acuciante era la escasez de alimentos. Era necesario obtener más grano del campesinado. Pero la *prodrazvyorstka* (requisa) había agotado sus posibilidades.

A medida que se alejaba la amenaza de la reacción blanca -y con ella el peligro del regreso de los terratenientes-, los campesinos se volvían aún menos tolerantes con las confiscaciones del Estado. Esto llevó a estallidos de rebelión en el campo, que llegaron a su punto álgido con la revuelta de Kronstadt en marzo de 1921.

Estas revueltas eran sintomáticas, demostraban que la configuración existente era insostenible; que los antagonismos de clase estaban lejos de resolverse; que el comunismo de guerra no representaba los cimientos de un salto hacia el socialismo,



Caricatura de los años 1920 de una 'pareja NEPistas' por Dmitry Kardovsky

como imaginaban los ultraizquierdistas utópicos.

Así pues, el gobierno cambió de vía. La requisición de grano fue sustituida por un impuesto progresivo en especie. Los campesinos tendrían que entregar una parte de su cosecha, pero tendrían derecho a vender cualquier excedente por encima de esta cantidad a través de canales privados. La obligación fue sustituida por el incentivo.

Pero este paso aparentemente pequeño adquirió una lógica propia y se convirtió en una bola de nieve que nadie había previsto.

En primer lugar, para que el campesinado vendiera su grano, era necesario que hubiera otros bienes -ropa, productos manufacturados y otros alimentos- en los que gastar el dinero recién adquirido.

Esto significaba aumentar la producción de bienes de consumo. Pero las industrias estatales estaban paralizadas. Y los recursos necesarios para repararlas no podían conseguirse por arte de magia.

Una revolución exitosa en los países capitalistas avanzados habría resuelto el problema. Pero el capitalismo había sobrevivido a la primera oleada revolucionaria de posguerra, que había alcanzado su punto álgido en 1919.

Por ello, el gobierno bolchevique se vio obligado a apoyarse en pequeños productores privados: artesanos, cooperativas e industrias caseras, que no requerían grandes inversiones iniciales. Del mismo modo, las empresas nacionalizadas de las industrias más ligeras fueron arrendadas a empresarios privados y se les permitió producir con ánimo de lucro.

Todo ello condujo a otra exigencia: la supresión de los controles de precios y la legalización de los mercados, para proporcionar a los campesinos un medio de vender sus excedentes, distribuir los alimentos

del campo a las ciudades y llevar los productos manufacturados a los pueblos.

Esto dio lugar a los famosos "hombres de la NEP": comerciantes y vendedores ambulantes -que ya andaban sueltos bajo el comunismo de guerra dirigiendo mercados negros- que facilitaban esta red de comercio privado, embolsándose una buena suma por el camino.

La siguiente consecuencia lógica fue la necesidad de estabilizar la moneda. ¿Cómo podría existir el comercio privado sin un medio de cambio fiable y precios estables?

Esto planteó otras cuestiones, que se abordaron durante los debates sobre la NEP en el X Congreso del partido, celebrado en marzo de 1921. Como informa E. H. Carr:

"La estabilización de la moneda no podía llevarse a cabo mientras la imprenta siguiera produciendo una cantidad ilimitada de rublos; la imprenta no podía ser controlada hasta que el gobierno encontrara otra forma de cuadrar las cuentas; y era impensable reducir el gasto público dentro de los límites de cualquier ingreso que pudiera recaudar hasta que el Estado no se liberara de los inmensos costes de mantener la industria estatal y los trabajadores que trabajaban en ella."²⁶

En resumen, el régimen económico inflacionista debía ser sustituido por otro de monetarismo y austeridad.

En julio de 1922, en un intento de contener la hiperinflación desenfrenada (que superaba el 7.000%²⁷), el antiguo rublo devaluado fue sustituido oficialmente por una nueva moneda respaldada en oro: los *chervonets*.

Se inicia un proceso de "racionalización" en la industria estatal, conocido como *khozraschet*. Las empresas estatales ya no podían depender del Banco Nacional. En su lugar, tuvieron que actuar como empresas autosuficientes, que funcionaban según principios comerciales: gestionando sus propias cuentas; recortando costes; mejorando la eficiencia; tratando directamente con productores y distribuidores en el mercado; y tratando de generar un superávit (pero no funcionando para el beneficio de empresarios individuales).

Las empresas estatales "no rentables" (principalmente las más pequeñas) fueron arrendadas bajo gestión privada, pagando un alquiler en especie, o fueron consolidadas dentro de los trusts. Pero, junto con la banca, todas las industrias más importantes -los verdaderos pilares fundamentales de la economía- permanecieron bajo control estatal, empleando al grueso de los trabajadores industriales.

Para equilibrar las cuentas, las empresas estatales tuvieron que reducir sus costes. Esto condujo a una venta masiva de activos. El resultado fue un exceso de

bienes industriales en el mercado, en un momento de demanda deprimida. Los precios bajaron en comparación con los de los productos agrícolas, lo que benefició al campesinado a expensas de los productores y consumidores urbanos.

Estas empresas también se vieron obligadas a realizar despidos masivos. Volvió el "ejército de reserva de mano de obra" del capitalismo. Además, el *khozraschet* exigió que se volviera a pagar a los trabajadores en salarios monetarios, con primas para incentivar un trabajo más duro.

Esto supuso un duro golpe para la clase obrera; un cambio radical respecto a la movilización de la mano de obra vista bajo el comunismo de guerra, cuando el empleo y la subsistencia básica estaban garantizados. "Esta cruda forma de disciplina laboral", señala Carr, "fue rápidamente sustituida por el viejo 'látigo económico' del capitalismo".

"El trabajo como obligación legal", señala, "fue sucedido por el trabajo como necesidad económica; el miedo a las penas legales sustituido como sanción por el miedo al hambre".

"En menos de un año", concluye Carr, "la NEP había reproducido las características esenciales de una economía capitalista".²⁸

ACUMULACIÓN SOCIALISTA PRIMITIVA

A partir del acto inicial de permitir a los campesinos vender los excedentes de grano, se había producido una transformación en toda la economía. Tirando de este único hilo, el comunismo de guerra se deshizo.

Los plenos efectos de la reintroducción de las relaciones de mercado en la agricultura pueden haber sido imprevistos, pero no accidentales. El desmantelamiento del comunismo de guerra expresaba una cierta necesidad.

Las diferentes partes de la NEP constituían un todo interconectado. El primer paso en dirección al mercado llevó al gobierno mucho más lejos de lo que nadie había previsto inicialmente. Las presiones objetivas se impusieron, dejando de lado los deseos subjetivos.

La Unión Soviética no había escapado, ni podía hacerlo, a las leyes del capitalismo. Al mismo tiempo, sin embargo, el Estado obrero no estaba completamente indefenso ante las fuerzas del mercado.

"El estado obrero, aunque ha puesto su economía en el plano comercial, no renuncia sin embargo, incluso en el más próximo período, a ejecutar su plan económico.", explicaba Trotsky en 1922, "no renuncia, sin embargo, a los comienzos de la economía planificada, ni siquiera para el período inmediatamente venidero."

"El hecho que toda la red ferroviaria y la aplastante mayoría de las empresas industriales ya estén explotadas directamente a cuenta del estado y financiadas



por este último”, continuó, “hace inevitable la concomitancia de un control del estado centralizado sobre esas empresas con un control automático del mercado.”

La tarea del Estado soviético, según Trotsky, era “ayudar a eliminar el mercado lo más rápidamente posible”.

Es importante destacar que el Estado obrero debe utilizar su control sobre el crédito, el comercio exterior y los impuestos para canalizar los recursos hacia la industria estatal.

El monopolio estatal sobre el comercio exterior era una parte esencial de esto. Y tanto Lenin como Trotsky se opusieron a cualquier sugerencia de abolirlo o relajarlo. Esto, subrayaron, fortalecería a los kulaks y a los hombres de la NEP, a expensas del Estado obrero y de la economía planificada.

Estas palancas fiscales y financieras en manos del Estado, esbozó Trotsky, “permiten aplicar a la economía del estado una porción, que no deja de crecer, de los ingresos del capital privado, y ello no solamente en el dominio de la agricultura (impuesto en especie) sino también en el del comercio y la industria”.²⁹

De este modo, el sector privado se vería “obligado a pagar tributo” a lo que Trotsky llamó “acumulación socialista primitiva”, en un guiño al concepto de Marx de la acumulación primitiva de capital.

La lucha entre estas dos fuerzas sociales -que reflejan las presiones de la producción de mercancías y el mercado, por un lado, y la planificación estatal, por el otro- representó, por tanto, una característica fundamental de la economía soviética “de transición”.

Las leyes y categorías económicas del capitalismo (dinero, valor, plusvalía, etc.) permanecerían por tanto bajo el Estado obrero, pero ahora de forma modificada, sujetas a un grado cada vez mayor de control consciente.

RECUPERACIÓN Y RECONSTRUCCIÓN

En sus primeros años, la NEP ofreció cierto alivio. Tras la catastrófica sequía y hambruna de la región del Volga en 1921-22, las cosechas mejoraron. Y partiendo de una base baja, la industria empezó a recuperarse, principalmente restaurando fábricas en lugar de construir otras nuevas.

Aunque se había recuperado el mercado en la agricultura y el comercio, las industrias clave seguían en manos del Estado. El gobierno toma medidas para organizarlas y planificarlas mejor.

Ya en 1920, el “Consejo de Defensa” había sido restablecido como “Consejo de Trabajo y Defensa”, con la responsabilidad de elaborar un plan económico para todo el país.

En los dos años siguientes se crearon el Gosplan y el Gosbank. El primero se encargaba de la planificación general a



“Lenin y la electrificación. El comunismo es poder soviético + electrificación”. Chass-Kobelev 1924

largo plazo. Esto incluía preparar previsiones, objetivos, balances y presupuestos de producción y consumo; supervisar la construcción de grandes proyectos industriales y de infraestructuras; y garantizar la coordinación entre los departamentos económicos. El segundo era el banco central soviético.

Ambos complementaron a la Vesenkha, que siguió planificando y gestionando la industria estatal a través de sus *glavki* (trusts).

La recuperación económica continuó en los años siguientes, aunque con algunos reveses importantes.

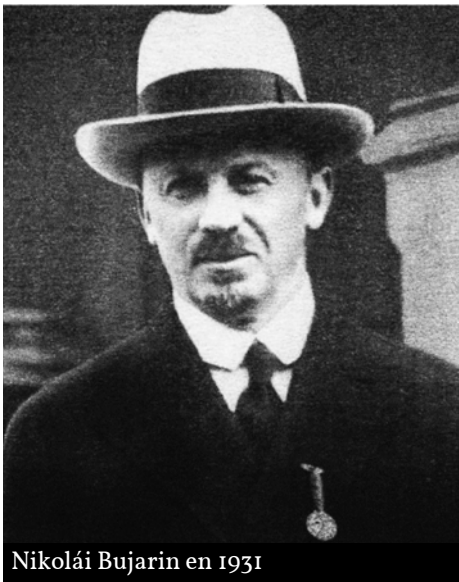
La más notable fue la “crisis de las tijeras” de 1923, llamada así por la creciente divergencia entre los precios agrícolas y los industriales.

En la fase inicial de la NEP, los campesinos se beneficiaron de la subida de los

precios de los cereales y de la bajada de los precios de los bienes de consumo. Ahora, como la producción agrícola crecía más rápidamente que la industrial, estos precios cambiaron de lugar en términos relativos. Mientras tanto, todos los precios aumentaban en comparación con los ingresos, a pesar de los intentos del gobierno por controlar la inflación.

Se introdujeron controles de precios sobre los bienes industriales producidos por el Estado. Pero esto sólo condujo a una mayor escasez. El resultado fue el aumento de las tensiones entre el campo y la ciudad, y el antagonismo del campesinado, que cada vez más sentía que salía perdiendo.

Este episodio puso de manifiesto la inestabilidad inherente a la economía soviética; la dificultad de lograr un crecimiento armonioso sobre la base de un



Nikolái Bujarin en 1931

bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas; y las explosiones sociales que podían estallar en cualquier momento. No era tanto un caso de “tijeras” como de equilibrio sobre el filo de una navaja.

En 1925-26, la capacidad industrial existente había vuelto a funcionar en su mayor parte, y la producción agrícola e industrial alcanzaba los niveles de antes de la guerra.

La atención del partido ya no se centraba en la lucha inmediata por la supervivencia, sino en la “reconstrucción”, es decir, en preparar el terreno para la siguiente fase de desarrollo de la economía. La forma que adoptaría era objeto de gran debate.

A estas alturas, sin embargo, la discusión no se limitaba a los aciertos y errores de la política económica. Era una lucha política sobre el destino de la revolución.

AUGE DE LA BUROCRACIA

Lenin había descrito la introducción de la NEP como un compromiso con la pequeña burguesía; una derrota y una retirada, pero en última instancia necesaria; un intento de ganar tiempo hasta que se pudiera proporcionar un salvavidas a través de revoluciones exitosas en otros lugares.

Sin embargo, con su dependencia de los métodos de mercado, la NEP tuvo importantes consecuencias políticas. Nutrió económicamente a los kulaks, comerciantes privados y otros elementos capitalistas, aumentando su peso social en comparación con la clase obrera. Paradójicamente, estas capas parasitarias se beneficiaban más del Estado obrero que los propios trabajadores.

Esto, a su vez, contribuyó al ascenso de la burocracia estalinista.

La clase obrera estaba alienada de su propio Estado y de la producción, por agotamiento. Los bolcheviques tenían que confiar en una casta de viejos funcionarios, administradores y especialistas para dirigir la sociedad. Y había una necesidad objetiva de, en palabras de Trotsky, “un agente

de policía que mantenga el orden” en condiciones de necesidad generalizada.³⁰

El fortalecimiento de los hombres de la NEP y los kulaks aceleró este proceso, presionando a la burocracia para que se adaptara al nuevo marco mercantilizado, y para que se apoyara en las tendencias capitalistas de la sociedad soviética.

Por lo tanto, junto con la NEP, Lenin exigió una campaña contra la burocracia y el arribismo en el Estado y el partido, y medidas para reforzar la democracia obrera. Si se iban a hacer concesiones económicas a las capas capitalistas y pequeño-burguesas, había que contrarrestarlas con medidas políticas para fortalecer el Estado obrero.

En octubre de 1923, con Lenin incapacitado por su mala salud, Trotsky y sus partidarios fundaron la Oposición de Izquierda, para luchar contra la degeneración burocrática del partido y defender el Estado obrero como Estado *obrero*. Su programa incluía duras críticas a la NEP, por su papel en alimentar a los kulaks, comerciantes e intermediarios.

Al otro lado estaba la Oposición de Derecha, dirigida por Bujarin. En los tiempos del comunismo de guerra, Bujarin había estado más cerca de los ultraizquierdistas. Pero más tarde viró bruscamente en la otra dirección, convirtiéndose en un ferviente defensor de estimular el crecimiento a través de los medios del mercado, resumido en su llamamiento al campesinado: “¡Enriqueceos!”

En medio estaba la Troika: el triunvirato de Stalin, Zinóviev y Kámenev, que representaba los intereses de la creciente burocracia. Trotsky describió esta facción como “centrista”, es decir, revolucionaria en el lenguaje pero reformista en los hechos.

La muerte de Lenin en 1924 fue sin duda un duro golpe. Pero su muerte no fue el factor decisivo en la degeneración del Partido Bolchevique y del Estado soviético. Como comentó más tarde su compañera Krupskaya, si Lenin hubiera seguido vivo, también habría acabado en uno de los campos de prisioneros de Stalin.

LÍNEAS DE BATALLA TRAZADAS

La cuestión de cómo debía desarrollarse industrialmente la URSS se convirtió en este periodo en un importante punto álgido de la lucha entre las alas proletaria y pequeño-burguesa del Partido Comunista.

Ambas partes estaban a favor de la industrialización. La cuestión era cómo lograrla y a qué ritmo.

Trotsky y sus partidarios pidieron que se elaborara y aplicara un plan de industrialización transformadora. Decían que debía darse prioridad a la inversión en la industria a gran escala, en fábricas que pudieran producir no sólo medios de producción (incluidos materiales como acero y productos químicos), sino también los

“medios de producción de los medios de producción”: equipamiento industrial, máquinas herramienta, etc.

Para mejorar la productividad de la tierra, había que mecanizar y modernizar la agricultura. Para ello era necesario crear granjas colectivas a gran escala, ya que el actual estado primitivo y disperso de la producción campesina - repartida entre 20-25 millones de hogares - no podía dar cabida a tractores y técnicas agrícolas avanzadas.

Es importante destacar que Trotsky y la Oposición de Izquierda hicieron hincapié en que había que incentivar -no obligar- a los campesinos pobres y medios para que se unieran a las granjas colectivas, demostrándoles que éstas podían proporcionarles un mejor nivel de vida que la pequeña agricultura tradicional.

Para lograr ambos objetivos, Trotsky pidió que se emprendieran importantes obras de ingeniería. Esto incluía la construcción de una presa hidroeléctrica en el río Dniéper, para suministrar energía a una nueva oleada de fábricas y granjas modernas.

Sobre la base de tales medidas económicas sistemáticas y radicales, afirmaban Trotsky y sus partidarios, se podría lograr un enorme crecimiento en el espacio de dos planes quinquenales, muy por encima de los objetivos extremadamente modestos fijados por los burócratas del Gosplan.

Los estalinistas ridiculizaron estas sugerencias. Lenin había resumido célebremente el comunismo como “poder soviético más electrificación”. Sin embargo, Stalin respondió a la propuesta de Trotsky sobre el Dniéper con la concisa réplica de que sería el equivalente a ofrecer a un campesino “un gramófono en lugar de una vaca”.

Los llamamientos a un ambicioso plan quinquenal fueron tachados de irrealistas. Trotsky fue acusado de ser un “super-industrializador”. Bujarin, en particular, advirtió que tales políticas conducirían a una ruptura con el campesinado.

En el fondo, estas críticas reflejaban el conservadurismo inherente a la burocracia y los intereses de la pequeña burguesía, en la que se apoyaban Stalin y Bujarin, al igual que la perspectiva del “socialismo en un solo país”.

Los estalinistas, temiendo una reacción de los campesinos ante cualquier medida que ejerciera presión económica sobre el campo, pedían que la industrialización se financiara principalmente desde dentro de la propia industria estatal, mediante la reducción de costes y la mejora de la productividad en las empresas nacionalizadas.

Pero tales políticas sólo podían liberar una pequeña cantidad de recursos para reinvertirlos en nuevos medios de producción, de ahí los conservadores objetivos de crecimiento de los estalinistas en esta época.

En su lugar, Bujarin sugirió que se incentivara al campesinado para que produjera el mayor excedente posible de materias primas, que luego podrían intercambiarse por maquinaria y equipamiento industrial en el mercado mundial.

“El propio Bujarin hablaba de llegar al socialismo montado en un jamelgo campesino”, señala el historiador económico Alec Nove. “Pero, ¿podría persuadirse al jamelgo campesino para que fuera en la dirección correcta? ¿Sería capaz el partido de controlarlo?”³¹

Éstas fueron las ásperas líneas de batalla en torno a las cuales se desarrolló el debate sobre la reconstrucción de 1925-27: el preludio de la expulsión de Trotsky y la Oposición de Izquierda, los zigzagueos de los estalinistas y la aplicación burocrática del primer plan quinquenal.

LUCHA TEÓRICA

La lucha entre la mayoría estalinista y la Oposición de Izquierda no sólo se libró en el plano político, sino también en el teórico.

Una obra notable fue *La nueva economía*, de Yevgeni Preobrazhensky. Escrita en 1926 como respuesta a las políticas de Stalin y Bujarin, fue un intento de desarrollar una teoría de la economía soviética como guía para la acción.

Preobrazhensky pretendía demostrar que el programa de la Oposición de Izquierda era correcto y necesario: correcto al destacar el potencial de una rápida industrialización; y necesario para dominar la ciencia de la planificación y el desarrollo de las fuerzas productivas según las líneas socialistas.

En comparación, argumentó que Bujarin y Stalin -que en ese momento estaban aliados- habían abandonado el socialismo científico en lo que respecta a la política económica.

Los estalinistas actuaban empíricamente, movidos por el “pragmatismo” y los estrechos intereses burocráticos, no por consideraciones teóricas. Al igual que los economistas burgueses de hoy, no tenían una comprensión real de su propio sistema.

La burocracia y sus representantes se vieron empujados por los acontecimientos. Sin reconocerlo, aplicaban una política totalmente conforme a la ley del valor, cuya conclusión lógica era la plena reintegración de la URSS en el mercado mundial capitalista.

Marx explicaba que, en un sistema de mercado sin obstáculos, el capital fluye hacia los sectores que proporcionan la mayor tasa de beneficios. Aplicado a Rusia en los años de la NEP, esto significaba dirigir la inversión hacia la agricultura, dado lo que los economistas burgueses llamarían la “ventaja comparativa” del país: su abundancia de mano de obra rural, comparada con su escasez de maquinaria. Y esto, en esencia, es lo que pedían Bujarin y Stalin.

La Oposición de Izquierda explicó que las sugerencias de los estalinistas no conducirían al socialismo, sino al retorno del capitalismo. En lugar de desarrollar la industria estatal, esta estrategia sólo haría que la economía soviética dependiera más de la exportación de materias primas, como un país colonial.

Además, al insistir en que el desarrollo industrial debía autofinanciarse desde el sector estatal, los estalinistas garantizaban un ritmo lento de crecimiento económico y, por tanto, una brecha cada vez mayor entre la Unión Soviética y los países capitalistas avanzados.

Sobre esta base, Rusia no se industrializaría, sino que se mantendría en un estado de atraso permanente, bajo el dominio del imperialismo y del mercado mundial.

Al mismo tiempo, al centrarse en la producción agrícola, se fortalecería la posición de los campesinos más ricos. Con el tiempo, esto produciría un conflicto entre el campo y el Estado obrero, en el que los campesinos ricos exigirían un acceso directo y libre al mercado mundial en sus propios términos.

A menos que se tomaran medidas activas para subvertir este proceso y privar al sector privado de su riqueza, enfatizaron Trotsky y Preobrazhensky, la acumulación continuaría a favor de los elementos capitalistas de la sociedad.

En conjunto, estas presiones plantearían en última instancia la cuestión -y el peligro- de la restauración capitalista.

En su lugar, Trotsky y la Oposición de Izquierda enfatizaron la necesidad de lo que llamaron la “ley de la acumulación socialista primitiva”.

Como se ha explicado anteriormente, este término establecía una analogía con la fase más temprana del capitalismo, cuando el incipiente sistema burgués aún estaba reuniendo la riqueza y los recursos necesarios para desarrollar la industria sobre la base del beneficio.

Este desarrollo capitalista preliminar, explicó Marx en *El Capital*, no se basaba en el intercambio equitativo, es decir, en la adhesión a la ley del valor, sino en el pillaje y el saqueo, a través del colonialismo, la esclavitud y la fuerza del Estado.

Del mismo modo, la Oposición de Izquierda argumentaba que, debido a su atraso y aislamiento, la Unión Soviética tendría que acumular los recursos para la industrialización mediante un intercambio desigual con los sectores no estatales de la economía. Esto, argumentaban, era una necesidad inevitable que debía ser comprendida y traducida en la política del partido en consecuencia.

En la práctica, esto significaba fijar precios, imponer impuestos y utilizar el monopolio del Estado sobre las finanzas y el comercio exterior, de modo que los recursos fluyeran desde los campesinos y los comerciantes privados hacia el Estado obrero.

Sobre esta base, la acumulación podría acelerarse en el sector estatal, principalmente a expensas de los kulaks y los hombres de la NEP, y el país podría convertirse en una potencia industrial moderna. Sin esto, la economía soviética seguiría atrasada, dependiendo de una masa de mano de obra poco productiva.

La acumulación socialista primitiva sería necesaria hasta que las fuerzas productivas estuvieran suficientemente desarrolladas y la planificación socialista fuera victoriosa - hasta que se alcanzara la primera fase del comunismo, y el Estado, el dinero y los antagonismos de clase pudieran empezar a extinguirse.



Miembros de la Oposición unificada en 1927 - delante (de izquierda a derecha): Leonid Serebryakov, Karl Radek, León Trotsky, Mikhail Boguslavsky, Yevgeni Preobrazhensky; detrás (de izquierda a derecha): Christian Rakovski, Jacob Drobnis, Aleksander Beloborodov y Lev Sosnovski

En este sentido, las exigencias de la acumulación socialista primitiva eran para el régimen soviético de transición una ley tan objetiva como la ley del valor, que también se hizo sentir.

Tanto Trotsky como Preobrazhensky subrayaron, sin embargo, que la ley del valor no había desaparecido. La prevalencia de las relaciones de mercado, tanto interna como externamente, mantenía esta presión, al igual que la inmadurez de las fuerzas productivas y las continuas condiciones de escasez.

Estos factores objetivos limitaban a los planificadores soviéticos. La economía no podía crecer a un ritmo arbitrario y vertiginoso. Esto provocaría escasez, inflación y estallidos sociales, todos ellos síntomas de la ley del valor.

Pero la potencia de la ley se había visto atenuada por la creciente fuerza del sector estatal y de la planificación. La asignación de mano de obra y medios de producción ya no estaba regulada simplemente por las fuerzas ciegas del mercado, sino también por la contabilidad y la organización.

Como dijo Preobrazhensky, ahora había: “una nueva forma de lograr el equilibrio en el sistema económico, asegurado por el gran papel de la previsión consciente y el cálculo práctico de la necesidad económica.”³²

“Operan al mismo tiempo dos leyes con tendencias diametralmente opuestas”, afirmó Preobrazhensky. En la ley del valor, “nuestro pasado pesa sobre nosotros, se esfuerza obstinadamente por seguir existiendo y hacer retroceder la rueda de la historia.”³³ A la inversa:

“Cuanto más organizada está la economía estatal, cuanto más estrechamente unidos están sus diferentes eslabones por un plan económico operativo... más fuerte es su resistencia a la ley del valor, mayor es su influencia activa sobre las leyes de la producción de mercancías, más se transforma ella misma... en el factor de regularidad más importante de toda la economía.”³⁴

Del mismo modo, el teórico marxista Ted Grant explicó que en una sociedad de transición, que intenta avanzar hacia el socialismo, “se aplican algunas leyes propias al capitalismo y otras propias al socialismo. Después de todo este es el significado de transición”³⁵.

Se trataba, en esencia, de una batalla entre el viejo modo de producción y la nueva sociedad que pugnaba por nacer.

Trotsky compartía la valoración de Preobrazhensky de la necesidad de una “acumulación socialista primitiva”. Pero argumentó enérgicamente contra cualquier aplicación burda y mecánica del concepto.

Un desarrollo armonioso era vital -sobre todo desde el punto de vista político - para mantener el vínculo entre la clase obrera urbana y las masas campesinas pobres. No se puede sugerir el “saqueo” del campesinado, como el capitalismo europeo había hecho con sus colonias.

El crédito, los impuestos y la fijación de precios deben orientarse hacia un “intercambio desigual”, esbozó Trotsky, favoreciendo a las ciudades y a la industria frente al campo. Pero no hay que llevar las cosas al punto de crisis, provocando un enfrentamiento abierto entre el campesinado y el Estado obrero.

Además, Trotsky subrayó que el nivel de vida no debía sacrificarse alegremente para garantizar el ritmo más rápido posible de industrialización. Los obreros y los campesinos deben poder *sentir* que se está progresando.

Sobre todo, subrayó Trotsky, la reivindicación de la “acumulación socialista primitiva” no debe asociarse a la del “socialismo en un solo país”, como propugnan los estalinistas.

Incluso si el programa económico de la Oposición de Izquierda hubiera sido adoptado en su totalidad, esto por sí solo no habría llevado a la instauración del socialismo, mientras la Unión Soviética permaneciera aislada y rodeada por el mercado capitalista. No había solución sin una revolución mundial.

COLECTIVIZACIÓN FORZOSA

El peligro del enfoque empírico de los estalinistas no tardó en hacerse evidente.

Tras derrotar a Trotsky y a la Oposición Unida en el XV Congreso del partido, en diciembre de 1927, Stalin empezó a vestirse con sus ropajes y a virar hacia la izquierda. De repente se convirtió en un defensor de la industrialización rápida y empezó a amonestar a Bujarin y a la Oposición de Derecha por adaptarse a las tendencias burguesas.

Había factores económicos que empujaban a este giro de 180 grados. Como había advertido la Oposición de Izquierda, los kulaks y los campesinos ricos se habían envalentonado con la NEP. Y se resistieron a cualquier intento de frenarlos. En particular, eran hostiles a la socialización de la agricultura, que amenazaba sus intereses.

Sin embargo, sin colectivización, y a su vez mecanización y electrificación, era imposible mejorar la productividad de la tierra. Y sin un mayor rendimiento de los cultivos, no había forma de alimentar a la creciente población urbana, componente necesario de la industrialización.

“El campesinado”, comenta Carr, “se vería obligado a suministrar cantidades cada vez mayores de productos agrícolas a las ciudades e industrias en expansión”. Si esto “impusiera una presión demasiado grande sobre el campesino”, sin embargo, “reduciría sus entregas de productos agrícolas, acapararía sus excedentes, reduciría sus siembras para el mercado y se replegaría a la autosuficiencia”.

“Sobre esta delicada cuestión iban a girar las relaciones entre el régimen y el campesinado”, concluye Carr.³⁶

Preocupados por purgar a la izquierda, los estalinistas ignoraron este conflicto latente durante un tiempo. Pero el deterioro del abastecimiento de grano a finales de 1927 puso las cosas en su sitio.

A medida que se cumplían las advertencias de la Oposición de Izquierda, la burocracia se vio obligada a llevar a cabo una política de “acumulación socialista



Imagen: Archivos municipales de Trondheim, Tór.H.46.B08.F22727

Campeñinos arando en una granja colectiva, 1935

primitiva”, pero de la manera más torpe y reaccionaria.

Tras haberse apoyado en la pequeña burguesía para asestar golpes a la izquierda, Stalin se apoyaba ahora en la clase obrera para asestar golpes a la derecha, en ambos casos para reforzar su propia posición y poder.

Este brusco giro desorientó a muchos de los que se habían alineado con Trotsky. Esto incluía a Preobrazhensky, que concluyó que, puesto que la burocracia estaba ahora llevando a cabo su propia versión de sus recomendaciones, había llegado el momento de “hacer las paces con la mayoría del partido sobre la base del nuevo curso.”³⁷

Trotsky, por su parte, predijo que el giro de los estalinistas no conduciría al socialismo, sino al desastre, y a un mayor fortalecimiento de la burocracia reaccionaria.

Los acontecimientos no tardaron en confirmar sus predicciones. Sin productos manufacturados que ofrecer a cambio de grano, el gobierno recurrió a medidas represivas para resolver la crisis agrícola.

Desde principios de 1928, la burocracia estalinista emprendió una campaña cada vez más coercitiva contra los kulaks y su acaparamiento y especulación. Pero los funcionarios del Estado no solían hacer distinciones entre las capas más ricas y los campesinos medios y pobres, obligando a estos últimos a echarse en brazos de las primeras. Los recuerdos del comunismo de guerra aún estaban frescos.

Muy pronto, Stalin exigió la colectivización forzosa y la “liquidación de los kulaks como clase”. Pero esto no hizo sino agravar la crisis alimentaria.

Como el Estado acaparaba todo el grano que podía, quedaba poco en el campo para alimentar a los campesinos y su ganado. Esto también significaba menos caballos y estiércol para los campos, lo que afectaba aún más a los rendimientos.

En 1932, la producción agrícola había caído al 73% de su nivel de 1928.³⁸ En las ciudades se formaron colas para comprar pan. Volvió el racionamiento. Reaparecieron los “hombres del saco”. Y millones de personas murieron de desnutrición y enfermedades.

OBJETIVOS Y CRISIS

En un segundo plano, los funcionarios de Gosplan y Vesenkha se afanan en formular el primer plan quinquenal. Después de haber sido presionados para que moderaran sus propuestas, los objetivos hiperambiciosos eran ahora la norma.

Entre los economistas soviéticos se debatía si la planificación debía ser “genética” o “teleológica”. Los partidarios de la primera creían que la planificación debía limitarse a prever los cambios económicos orgánicos y anárquicos. Los partidarios de la segunda insistieron en la



necesidad de fijar objetivos y moldear la sociedad en consecuencia mediante esfuerzos conscientes.

En términos generales, los “genetistas” estaban asociados con la derecha y con una mayor confianza en los métodos de mercado para lograr el equilibrio económico. Los “teleólogos” reflejaban la perspectiva subjetivista de la burocracia estalinista: la creencia de que la planificación de la producción requería simplemente fuerza de voluntad y mano dura.

Fueron las opiniones de los teleólogos y los estalinistas las que moldearon el primer plan quinquenal, lanzado oficialmente en octubre de 1928. Pero sus objetivos no se aprobaron formalmente hasta la primavera siguiente, una vez derrotada la oposición de derechas. La NEP había terminado.

A pesar de sus limitaciones burocráticas y sus costes sociales, la planificación soviética generó un enorme progreso. Incluso las estimaciones burguesas sugieren que la economía creció en torno al 62-72 por ciento bajo el primer y segundo plan quinquenal, entre 1928-37. La producción per cápita aumentó un 60 por ciento. La producción per cápita aumentó un 60%.³⁹

La industria se desarrolló y reequipó rápidamente. El país se transformó gracias a proyectos impresionantes como la presa hidroeléctrica del Dniéper, cuya construcción comenzó en 1927, sólo unos meses después de haber sido desestimada por Stalin. La educación y la sanidad experimentaron mejoras espectaculares. La Unión Soviética salió de su atraso y entró en la era moderna.

En ese mismo periodo, mientras tanto, las economías occidentales se veían sacudidas por la crisis más profunda de la historia del capitalismo: la Gran Depresión.

Sin embargo, desde el principio, el potencial de la planificación se vio obstaculizado por el enfoque poco científico

y autoritario de la burocracia soviética. Puede que Stalin y sus apparatchiks hubieran cambiado de tono desde los días de la NEP, pero todos sus defectos burocráticos permanecían.

Bujarin había llamado a la industria a adaptarse a la agricultura, a ser esclava del campesinado. Pero ahora los planificadores burocráticos fijaban objetivos sin preocuparse de los auténticos límites físicos, productivos o políticos.

Se ignoraron los consejos de ingenieros y especialistas, así como los datos y modelos científicos, en favor de objetivos basados en el prestigio y no en los hechos. El objetivo declarado era alcanzar a las potencias imperialistas lo antes posible y a cualquier precio.

El conservadurismo de los estalinistas en los años de la NEP fue sustituido ahora por el aventurerismo. Pero la filosofía subyacente a ambos enfoques era la misma: empirismo y subjetivismo, la idea de que la economía soviética *no se regía por leyes y límites objetivos* que era necesario comprender para orientar las decisiones.

Como afirmó con franqueza Stanislav Strumilin, uno de los arquitectos del primer plan quinquenal:

“Nuestra tarea no es estudiar economía, sino cambiarla. No estamos sujetos a ninguna ley. No hay fortalezas que los bolcheviques no puedan asaltar. La cuestión del tempo [de la industrialización] está sujeta a la decisión de los seres humanos.”⁴⁰

Pero a pesar de las vanagloriosas declaraciones de la burocracia, el desarrollo de la economía soviética bajo el primer plan quinquenal estuvo lejos de ser una marcha ascendente ininterrumpida. Hubo momentos en los que el crecimiento se tambaleó. En 1931-32 se produjo una brusca desaceleración.

La Unión Soviética se enfrentaba a algo que ni siquiera los bolcheviques pudieron

“asaltar”: las limitaciones impuestas por su propia dinámica interna y por la presión externa del capitalismo mundial.

Los sectarios superficiales interpretaron esta evidencia en el sentido de que la Unión Soviética era una forma de “capitalismo de Estado”. Pero las crisis económicas de la URSS eran de una naturaleza fundamentalmente diferente a las observadas bajo el capitalismo.

Las crisis económicas bajo el capitalismo son, en su raíz, el resultado de la sobreproducción: un exceso generalizado de acumulación de capital en toda la economía; una contradicción fundamental, derivada de la ley del valor y de los orígenes del beneficio (plusvalía): el trabajo no remunerado de la clase obrera.

Las crisis de la Unión Soviética, por el contrario, eran crisis de *subproducción*, derivadas de la planificación burocrática; de los dirigentes estalinistas que fijaban objetivos poco realistas y luego forzaban a toda la economía a cumplirlos, creando desgarros y rupturas, desproporciones y cuellos de botella, escasez e inflación.

La crisis en el capitalismo es una indicación de que las fuerzas productivas han superado los límites del mercado, que la acumulación capitalista ha ido demasiado lejos, lo que se expresa en un exceso de mercancías sin vender.

La crisis en la economía soviética burocráticamente planificada era una señal de que los objetivos habían sobrepasado los límites de las fuerzas productivas, que la acumulación socialista no había ido lo suficientemente lejos, expresada en filas de estanterías vacías. Como comenta Ted Grant:

*“El Estado puede ahora regular, pero no arbitrariamente, sólo dentro de los límites de la ley del valor. Cualquier intento de violarla y pasar más allá de los límites estrictos impuestos por el desarrollo de las fuerzas productivas, inmediatamente termina en la reafirmación de la dominación de la producción sobre el productor... La ley del valor no es eliminada, sino que es modificada.”*⁴¹

Tras oponerse a las leyes del mercado capitalista, la burocracia se encontró con otras leyes que no comprendía. Esto tendría importantes consecuencias para el destino de la URSS.

CIENCIA DE LA PLANIFICACIÓN

A medida que el primer plan quinquenal llegaba a su fin, era evidente que los problemas se acumulaban en la economía soviética. Sin embargo, la burocracia hizo la vista gorda y siguió adelante con el segundo plan quinquenal, fijando objetivos aún más ridículos y silenciando a quienes protestaban.

Aumentó la tensión entre las ciudades y el campo. Crecieron los desequilibrios entre los distintos sectores de la economía.



La cantidad y la calidad de los productos se deterioraron. Los trabajadores se vieron sometidos a un esfuerzo físico desmesurado, obligados a trabajar jornadas demenciales y a vivir en condiciones de hacinamiento y deterioro. Las purgas de Stalin agravaron las contradicciones.

Trotsky observó estos desastres desde el exilio, tras haber sido expulsado de la URSS en 1929.

“Todo el problema es que los salvajes saltos de la industrialización han llevado a los diversos elementos del plan a una grave contradicción entre sí”, escribió en 1932. “El problema es que los instrumentos sociales y políticos para determinar la eficacia del plan se han roto o destrozado. El problema es que las desproporciones acumuladas amenazan con sorpresas cada vez mayores.”

“El quid de la cuestión es que no hemos entrado en el socialismo”, continuó. “Estamos lejos de dominar los métodos de la regulación planificada. Estamos cumpliendo sólo la primera hipótesis aproximada, cumpliéndola mal, y con los faros aún sin encender. Las crisis no sólo son posibles, sino inevitables.”⁴²

El problema era el enfoque burocrático de la planificación soviética, derivado de la privación de derechos de la clase obrera en la gestión de la sociedad; de la naturaleza deformada del Estado obrero.

La planificación es una ciencia que hay que poner a prueba, explicó Trotsky. “Es imposible crear *a priori* un sistema completo de armonía económica”, advirtió. “Sólo la regulación continua del plan en el proceso de su cumplimiento, su reconstrucción en parte y en su conjunto puede garantizar la eficacia económica”.

No existe una “mente universal”, subraya, que pueda “elaborar un plan

económico impecable y exhaustivo, empezando por el número de acres de trigo hasta el último botón de un chaleco”.

Y, sin embargo, eso es exactamente lo que intentaba la burocracia, calcular los balances físicos -entradas y salidas de todos los principales materiales e industrias estatales- de arriba abajo, desde la comodidad de sus oficinas de Moscú, con escasa conexión con la realidad sobre el terreno. En cambio, Trotsky continuó:

“Los innumerables protagonistas de la economía, estatal y privada, colectiva e individual, no sólo harán pesar sus necesidades y su fuerza relativa a través de las determinaciones estadísticas del plan sino también de la presión directa de la oferta y la demanda.”

En el período de transición, Trotsky subrayó: “El mercado controla y, en considerable medida, realiza el plan... Los anteproyectos de los departamentos deben demostrar su eficacia económica a través del cálculo comercial”.⁴³

En otras palabras, el Estado obrero tendría que utilizar las señales de los precios para probar, corroborar y actualizar cualquier plan económico; para identificar los puntos conflictivos y las carencias; y con ello, para asignar conscientemente los recursos y la inversión con el fin de lograr un desarrollo armonioso y un crecimiento equilibrado.

Un régimen proletario sano no sería una víctima indefensa e ignorante de la ley del valor, sino que esgrimiría esta ley como una herramienta entre muchas otras para planificar la producción y la distribución. “El socialismo no arroja de su seno al dinero como medio de contabilidad económica creado por el capitalismo sino que lo socializa”,⁴⁴ señaló Trotsky.

Esto, a su vez, requería una moneda estable. Pero la burocracia estaba socavando la capacidad de los chervonets para actuar como patrón monetario fiable al recurrir a la imprenta para tapar agujeros en el presupuesto.

Al igual que los bolcheviques de ultrazquierda habían sido complacientes con la amenaza de la inflación a principios de la década de 1920, los estalinistas estaban ahora lamentablemente equivocados al imaginar que estaban libres de las garras de la ley del valor y de la circulación monetaria.

“Elaborar un plan con una *valuta* [comercio exterior] inestable es lo mismo que trazar los planos de una máquina con un compás flojo y una regla torcida”, declaró Trotsky. “Esto es exactamente lo que está ocurriendo. La inflación del chervonets es una de las consecuencias y a la vez uno de los instrumentos más perniciosos de la desorganización burocrática de la economía soviética.”⁴⁵

Según Trotsky, la planificación no es sólo una ciencia, sino un arte que debe aprenderse con la experiencia.

“El arte de la planificación socialista no cae del cielo ni está plenamente maduro cuando se toma el poder”, esbozó. “Por ser parte de la nueva economía y de la nueva cultura sólo lo pueden dominar en la lucha, paso a paso, no unos cuantos elegidos sino millones de personas.”⁴⁶

Esto era una cuestión de vida o muerte para la república socialista y para la construcción del comunismo en cualquier lugar: los instrumentos científicos de planificación -como las previsiones y las estadísticas, los balances de materiales y las señales de precios- deben complementarse con una estructura sana de democracia obrera.

Esto significaba recabar información sobre la producción y el consumo de los comités de empresa, los sindicatos y los representantes electos; cotejar continuamente los planes con los hechos e introducir las modificaciones necesarias; e implicar a la clase trabajadora organizada en la gestión de la sociedad.

“Sólo se puede imprimir una orientación correcta a la economía de la etapa de transición por medio de la interrelación de estos tres elementos: la planificación estatal, el mercado y la democracia soviética”, concluye Trotsky, añadiendo:

“Sólo de esta manera se podrá garantizar, no la superación total de las contradicciones y desproporciones en unos pocos años (¡eso es utópico!) sino su mitigación, y en consecuencia el fortalecimiento de las bases materiales de la dictadura del proletariado hasta el momento en que una revolución nueva y triunfante amplíe la perspectiva de la planificación socialista y reconstruya el sistema.”⁴⁷

LUCHA POR EL COMUNISMO

Mientras el monstruoso Estado estalinista ejecutaba comunistas, despojaba de derechos democráticos y estrangulaba la revolución española, anunciaba con orgullo que: “Todavía no hemos, por supuesto, completado el comunismo... pero ya hemos alcanzado el socialismo, es decir, la etapa más baja del comunismo”. Trotsky hizo la siguiente evaluación mordaz de esta afirmación:

“Si la sociedad que debía formarse sobre la base de la socialización de las fuerzas productivas de los países más avanzados del capitalismo representaba para Marx la ‘etapa inferior del comunismo’, esta definición no se aplica seguramente a la URSS que sigue siendo, a ese respecto, mucho más pobre en cuanto a técnica, a bienes y a cultura que los países capitalistas.”

“Es más exacto, pues”, continuó, “llamar al régimen soviético actual, con todas sus contradicciones, *transitorio* entre el capitalismo y el socialismo, o *preparatorio* al socialismo, y no *socialista*.”⁴⁸

En 1959, el líder soviético Nikita Krushchev volvió a repetir las afirmaciones de los estalinistas. Habiendo completado el periodo de construcción socialista, declaró, la URSS estaba lista para dar su “primer paso hacia el comunismo”⁴⁹.

Pero a pesar de tales proclamaciones, el objetivo del comunismo nunca se alcanzó en la Unión Soviética en ninguna de sus formas.

La URSS siguió siendo en todo momento un régimen de transición entre el capitalismo y el socialismo. Y en la naturaleza de cualquier régimen de este tipo está el potencial no sólo de progreso, hacia el socialismo, sino también de regresión, hacia el pleno retorno del capitalismo.

A lo largo de las décadas, sobre la base de la planificación, se produjeron avances increíbles en términos de industria y educación. Al mismo tiempo, sin embargo, la burocracia creció hasta convertirse en un tumor debilitador que drenaba lentamente toda la vida de la economía y la sociedad.

En última instancia, esto no condujo al comunismo, sino a la restauración capitalista. Entonces, como ahora, el único camino era la revolución socialista internacional.

Hoy, sobre la base del desarrollo de las fuerzas productivas a escala internacional, las condiciones para el socialismo nunca han sido más favorables.

El proceso de planificación de la producción sería incalculablemente más fácil gracias a la tecnología y las técnicas que se han desarrollado bajo el capitalismo monopolista.

Además, el tamaño, la fuerza y el nivel cultural de la clase obrera -en todos los países- es muy superior al que existía

hace un siglo en Rusia. Los trabajadores disponen de competencias y conocimientos más que suficientes para dirigir la economía.

Tras la revolución en los países capitalistas avanzados, con lo último en ciencia, innovaciones e industria, el salto a la primera fase del comunismo podría producirse en el espacio de una generación.

Sin embargo, incluso en este punto, las leyes económicas no desaparecerán por completo. La ley del valor habrá sido primero sometida, y luego disuelta por completo. Pero seguiremos siendo seres materiales. Seguirá habiendo leyes objetivas que rijan la sociedad.

La auténtica libertad bajo el comunismo no vendrá de imaginarnos que estamos libres de tales fuerzas, sino de comprender la necesidad - y aprovechar este conocimiento en nuestro beneficio, para transformar el mundo que nos rodea.

“El control y la planificación, sin embargo, en sus primeras etapas, tendrán lugar dentro de unos límites determinados”, explica Ted Grant. “Esos límites estarán determinados en el nuevo orden social por el nivel tecnológico existente. La sociedad no puede pasar del reino de la necesidad al reino de la libertad de la noche a la mañana.”⁵⁰

“El reino de la libertad solo empieza allí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y por la coacción de los fines externos; queda, pues, conforme a la naturaleza de la cosa, más allá de la órbita de la verdadera producción material.”, subraya Marx. “Así como el salvaje tiene que luchar con la naturaleza para satisfacer sus necesidades, para encontrar el sustento de su vida y reproducirla, el hombre civilizado tiene que hacer lo mismo, bajo todas las formas sociales y bajo todos los posibles sistemas de producción.”⁵¹ Marx concluye:

“En una fase superior de la sociedad comunista, ... cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!”⁵²

Este es el futuro comunista por el que debemos organizarnos y luchar. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc33
o escanea el código QR





Pueblo, Konstantin Yuon, 1923

TEATRO Y REVOLUCIÓN: VIDA Y LEGADO DE KONSTANTÍN STANISLAVSKI

Konstantín Stanislavski es conocido como el “padre de la interpretación moderna”. Su método “realista” revolucionó el mundo del teatro y sigue conmoviendo al público. En este artículo, **Nelson Wan** recorre la vida y las ideas de Stanislavski, y el papel que desempeñó en el enorme despertar cultural que siguió a la Revolución de Octubre.

Konstantín Stanislavski es quizá la figura más grande e influyente de la historia de la interpretación. Su exhaustivo sistema de formación ha dominado el mundo del teatro y el cine desde principios del siglo XX hasta nuestros días.

Las técnicas y la dirección escénica de Stanislavski a finales del siglo XIX y principios del XX representaron nada menos que una revolución en el arte, rejuveneciendo por completo el teatro ruso, estancado bajo el zarismo. A partir de ahí, sus teorías transformarían toda la interpretación occidental.

La revolución artística de Stanislavski también se entrelazaría con la Revolución Rusa. Para Stanislavski, el teatro no era un mero entretenimiento, sino que tenía un propósito artístico y moral al que dedicar la vida. Por ello, aunque Stanislavski nunca se unió a los bolcheviques, celebró la Revolución de Octubre y encarnó el espíritu de cambio y progreso que ésta inspiraba.

Lenin y los bolcheviques, por su parte, apoyaron sistemáticamente la obra de Stanislavski, porque veían en ella

una palanca indispensable para elevar el nivel cultural de millones de obreros y campesinos: una tarea clave de la revolución socialista.

Por tanto, Stanislavski podría describirse sin duda como uno de los grandes protagonistas del despertar espiritual de Rusia tras octubre de 1917.

Sin embargo, cuando Stalin y la burocracia tomaron el control de la Unión Soviética, el estilo realista pionero de Stanislavski fue cínicamente apropiado y distorsionado para adaptarlo a la nueva política artística del “realismo socialista”, que no tenía nada que ver con ninguna de las ideas de Stanislavski. Al mismo tiempo, la burocracia redujo drásticamente la creatividad de sus representaciones, lo que inició el lento e ignominioso declive del mundialmente famoso Teatro de Arte de Moscú (MAT en sus siglas en ruso).

Hoy en día, podemos sacar mucho provecho del estudio del método y el papel histórico de Stanislavski, no sólo desde el punto de vista del teatro y el arte en general, sino también para profundizar en nuestra comprensión del papel vital que desempeñan el arte y la cultura en la lucha por el comunismo.

LOS PRIMEROS AÑOS DE STANISLAVSKI

Konstantín Sergeyevich Alexeyev nació el 5 de enero de 1863 en el seno de una familia acomodada dedicada al teatro. En 1884 adoptó el nombre artístico de Stanislavski, por el que se le conoció desde entonces.

Su primera aparición en un escenario fue a los siete años, en una serie de *tableaux vivants* organizados para celebrar la onomástica de su madre, y su carrera artística consciente comenzó en 1877, tras actuar en cuatro obras de un solo acto en un teatro reconvertido en la finca familiar. Tras esa velada, se formó un grupo de aficionados, el Círculo Alexéiev, compuesto por hermanos y hermanas de Stanislavski, primos y varios amigos.

Stanislavski no era un actor dotado por naturaleza. Le encantaba actuar, pero sufría enormemente de miedo escénico, a menudo era inaudible y, como mucho, sólo podía imitar las actuaciones sin esfuerzo de otros actores a los que admiraba. Los primeros años de Stanislavski como actor y sus propias malas interpretaciones le empujaron a intentar comprender y resolver los problemas de la interpretación.

Empezó a llevar un cuaderno en el que anotaba sus impresiones, analizaba

sus dificultades y esbozaba soluciones. Continuaría con esta práctica a lo largo de toda su vida, abarcando unos 61 años de actividad.

Se preguntaba por qué algunas actuaciones parecían más veraces que otras. ¿Por qué otros podían ofrecer una interpretación natural con tanta rapidez y facilidad y él no? Éstas son las preguntas que Stanislavski se planteó durante los primeros años de su carrera. La escuela de arte dramático no le dio ninguna respuesta. Sus profesores le dieron indicaciones sobre los resultados deseados, pero no un método elaborado para conseguirlos.

EL DECLIVE DEL TEATRO RUSO

El teatro ruso estaba en declive a finales del siglo XIX. Las generaciones de mayor edad dominaban las representaciones y Stanislavski se encontró rodeado por todas partes de mediocridad artística.

El monopolio zarista sobre los teatros imperiales se abolió en 1882. Antes, todos los espectáculos profesionales de ballet, ópera y teatro debían representarse en uno de los teatros del zar en Moscú o San Petersburgo. Ahora, al menos en teoría, cualquiera podía abrir un teatro. Sin embargo, surgió un “nuevo” tipo de teatro que adolecía de mala gestión, escaso repertorio y malas interpretaciones.

Las direcciones comerciales empezaron a producir obras para obtener beneficios rápidos y, como señaló Stanislavski, estos teatros estaban controlados por los “camareros y burócratas”. Había algunos individuos brillantes, pero en general el mundo teatral profesional sólo podía mostrar a Stanislavski lo que había que evitar.

Los guiones no significaban nada para los actores, ni tampoco los ensayos. Los actores ignoraban a menudo las instrucciones de los directores y se aferraban a los trucos y costumbres que mejor conocían. En lugar de intentar presentar un diálogo realista y natural entre dos personajes, los actores, en su vano intento de impresionar a los espectadores, pronunciaban sus líneas en la parte delantera del escenario y directamente al público, como si éste fuera un personaje de la obra.

El vestuario y los decorados eran tan poco inspirados como la interpretación. Las alas y los telones de fondo se tomaban del almacén, y las puertas se colocaban convencionalmente en el espacio sin paredes circundantes. Las sillas incluso se colocaban mirando al frente para que los actores pudieran dirigirse al público. Los teatros de aficionados reflejaban todas estas convenciones, sólo que de una forma mucho peor.

El estilo de actuación y representación que dominaba este periodo era afectado, melodramático y necesitaba una revisión completa. Stanislavski tenía claro lo que

había que hacer. Había que llevar la verdad a la actuación de forma consciente y sistemática. Describió su nuevo enfoque del teatro de la siguiente manera:

“En nuestros propósitos destructivos y revolucionarios, con el fin de rejuvenecer el arte, declaramos la guerra a todos los convencionalismos del teatro dondequiera que se presentasen: en la actuación, en las propiedades, en la escenografía, en el vestuario, en la interpretación de la obra, en el telón o en cualquier otro lugar de la obra o del teatro. Todo lo que era nuevo y violaba las costumbres habituales del teatro nos parecía bello y útil”.²

EL DESARROLLO DEL REALISMO

El realismo en la interpretación se fija como objetivo presentar a seres humanos reconocibles en situaciones con las que el público se identifique.³ En otras palabras, el actor debe comportarse como si su situación fuera completamente real, aunque tenga lugar en un escenario desnudo ante miles de personas.

La verdad de una interpretación reside en la propia creencia del actor, y la autenticidad en las *circunstancias dadas*. Estas interpretaciones se logran centrándose en la vida y la psicología internas de un personaje, en contraposición a las características meramente externas como el vestuario, los decorados y el atrezzo.

El objetivo de este tipo de teatro no era imitar la realidad (algo imposible sobre un escenario), sino ofrecer al público una experiencia con la que pudiera identificarse emocionalmente y que transmitiera con autenticidad toda la profundidad de los personajes y sus relaciones subyacentes. Por ejemplo, en los dramas bien interpretados, los elementos fantásticos o el complejo lenguaje poético rara vez son un obstáculo para el disfrute o el compromiso emocional.

Para desarrollar el estilo realista de interpretación, Stanislavski se inspiró en una generación anterior de actores rusos, en particular el actor Mikhail Shchepkin y el escritor Nikolai Gogol. Fue aquí donde se dieron los primeros pasos hacia el desarrollo del Realismo.

Mijaíl Shchepkin nació como siervo en la finca del conde Wolkenstein en 1788. En el siglo XVIII, los aristócratas rusos solían crear compañías de teatro con sus siervos de talento, como Shchepkin, que en ocasiones recibían educación.

A través de la observación, Shchepkin se dio cuenta de que los mejores actores eran los que se limitaban a “decir unas pocas palabras de forma sencilla”, en lugar de sobrecargar sus interpretaciones con gestos o emociones innecesarios. Comenzó a cultivar estas observaciones para crear un estilo de interpretación propio: el comienzo del realismo. Después de que



Konstantin Stanislavski

los admiradores de su actuación pagaran por su libertad en 1821, Shchepkin ingresó en el Teatro Imperial de Moscú en 1823 y en 1824 apareció en la función inaugural del Teatro Maly.

Las interpretaciones realistas de Shchepkin proporcionaron a Stanislavski un modelo, tanto en su filosofía y en su enfoque de la interpretación. La pregunta que Shchepkin planteó a Stanislavski fue: ¿siente el actor su papel o imita superficialmente sus rasgos externos? ¿Puede el público notar la diferencia?

Esta es una de las contradicciones del arte de la interpretación a las que tuvo que enfrentarse Stanislavski.

Existe una naturaleza dual inherente a todas las interpretaciones, entre lo social y lo personal. Para convertirse realmente en el personaje en cuestión, el actor debe borrar su propia individualidad, y caminar, hablar, pensar y sentir de la manera que el autor pretendía. Pero, al mismo tiempo, debe adaptar sus cualidades personales al personaje para crear la vida interior de un espíritu humano que sea universal y comprensible para todos.

Nikolai Gogol era también un admirador de Shchepkin, y él mismo un actor extremadamente dotado. Irónicamente, Gogol fracasó en una audición para el Teatro Imperial porque su actuación fue considerada demasiado “real”.⁴

Al igual que Stanislavski, Gogol criticaba las convenciones de la interpretación rusa de la época. El trabajo de Gogol y Shchepkin en el Teatro Maly había forjado

un estilo de interpretación centrado en la observación veraz, y no en las convenciones rígidas.

Entre los consejos de Gogol a los actores figuraban:

“Sobre todo, cuidado con caer en la caricatura. Nada debe ser exagerado ni trillado, ni siquiera los papeles secundarios... Cuanto menos piense un actor en ser gracioso o en hacer reír al público, más aflorarán los elementos cómicos de su papel”.⁵

Estos dos actores dejaron un notable impacto en la mente de Stanislavski, y al basarse en ellos se consideró parte de la tradición realista que contribuyeron a establecer.

EL OBJETIVO DEL ARTE

Stanislavski estaba comprometido con la idea de que el teatro tuviera un propósito social, y para él el mejor método de conseguirlo era a través de los principios del Realismo. Consideraba que el teatro era una parte fundamental de la vida espiritual y la salud de la sociedad, como lo era para los isabelinos y los antiguos griegos.

Como escribe el actor y dramaturgo Jean Benedetti:

“La actividad madura de Stanislavski sólo puede entenderse si se considera que hunde sus raíces en la convicción de que el teatro es un instrumento moral cuya función es civilizar, aumentar la sensibilidad, agudizar la percepción y, en términos quizá ahora pasados de moda para nosotros, ennoblecer la mente y elevar el espíritu”.⁶

Sin embargo, se oponía firmemente a la idea de un teatro abiertamente político, y prefería dejar que el público dedujera por sí mismo cualquier significado político. En *Mi vida en el arte*, Stanislavski dice:

“La tendenciosidad y el arte son incompatibles: Una excluye a la otra. En cuanto uno se acerca al arte escénico con una idea tendenciosa, utilitaria u otra no artística, se marchita. Es imposible aceptar un sermón o una pieza de propaganda como verdadero arte”.⁷

Pero esto no quiere decir que Stanislavski pensara que era imposible que el buen arte tuviera contenido político. Cualquier mensaje de la obra debe ser implícito, haciéndose evidente a través de una presentación veraz del material. No bastaba con persuadir al público sobre una base intelectual, el teatro debía ofrecer una experiencia humana total que el público pudiera sentir con todo su ser:

“En el arte, la tendencia debe transformarse en sus propias ideas, pasar a la emoción, convertirse en un esfuerzo sincero y en la segunda naturaleza del actor. Sólo entonces puede entrar en la vida del espíritu humano en el actor, el papel y la obra. Pero entonces ya no es una tendencia, es un credo personal.

El espectador puede sacar sus propias conclusiones y crear su propia tendencia a partir de lo que recibe en el teatro. La conclusión natural se alcanza por sí misma en el alma y la mente del espectador a partir de lo que ve en los esfuerzos creativos del actor... Sólo cuando se da esta condición se puede pensar en el teatro para producir obras de carácter social y político.”⁸

Para Stanislavski, el objetivo del Realismo es llegar a la esencia del tema presentado en escena, en lugar de presentar una imitación superficial de la vida. El Realismo selecciona únicamente aquellos elementos que revelan las tendencias que yacen bajo la superficie de la representación, y en la psicología de los personajes. Stanislavski daba prioridad al contenido humano del teatro por encima de cualquier otra consideración.

TEATRO DE ARTE DE MOSCÚ

Stanislavski siguió desarrollando sus ideas a través de las producciones que escenificó en el Teatro de Arte de Moscú (MAT), una de las instituciones dramáticas más conocidas y respetadas de la historia de Rusia. Es conocido sobre todo por sus originales producciones de obras de Antón Chéjov, como *La gaviota*, *Tío Vania* y *El jardín de los cerezos*.

Fue en parte gracias a la dirección y actuación en las obras de Chejov que Stanislavski desarrolló sus teorías sobre la interpretación. Estas producciones supusieron un gran avance en el desarrollo del teatro y la interpretación. El MAT también tenía una larga tradición en la producción de obras con conciencia social y carga política.

El teatro fue fundado conjuntamente por Stanislavski y el dramaturgo Vladimir Nemirovich-Danchenko, entonces director de la escuela de interpretación de Moscú, la Sociedad Filarmónica de Moscú. Se inauguró en 1898 con el nombre de “Teatro de Arte de Moscú Accesible al Público”.

Se decidió que el nuevo teatro desempeñaría, por encima de todo, una función social y educativa. Estaría abierto a todos, especialmente a la clase trabajadora, a la que se invitaría a asistir a representaciones especiales gratuitas si no podía permitirse las butacas de precio modesto.

La primera compañía estaba compuesta por treinta y nueve actores, entre ellos Olga Knipper, que más tarde se convertiría en la esposa de Antón Chéjov, y Vsevolod Meyerhold, futuro director de escena y bolchevique. Estos actores se unieron a los aficionados de más éxito de Stanislavski, entre ellos su esposa Maria Lilina y Maria Andreyeva, otra futura bolchevique y esposa de Maxim Gorky.

Al cabo de pocas temporadas, las dificultades financieras obligaron a los

fundadores a subir el precio de las entradas y a eliminar “Accesible al Público” de su nombre. La prestación de un servicio público y la obtención de beneficios resultaron ser tan incompatibles entonces como lo son hoy. El MAT aceptó a regañadientes el patrocinio del acaudalado comerciante Savva Morozov, que en aquella época también financiaba el periódico de Lenin, *Iskra*.

La hostilidad de las autoridades zaristas también dificultaba la realización de la visión de Stanislavski de crear un teatro popular. Era habitual que los censores intervinieran directamente en las propias obras. Cuando Stanislavski y Nemirovich intentaron poner en escena *Pequeños burgueses*, de Gorki, en 1902, recortaron mucho la obra de antemano, pero los censores insistieron en hacer más recortes para eliminar las alusiones a los zares gobernantes. Además, el teatro se llenó de policías la primera noche de la representación, aunque, tras muchas negociaciones, Nemirovich consiguió que fueran vestidos de noche para no asustar al público.

A pesar de la censura, el MAT se convirtió en una expresión involuntaria de la lucha contra el zarismo.

En 1901, por ejemplo, estallaron manifestaciones masivas en varias ciudades rusas, entre ellas San Petersburgo y Moscú, como consecuencia del alistamiento en el ejército de 183 estudiantes de la Universidad de Kiev como castigo por su participación en reuniones políticas.

Trabajadores y estudiantes salieron a protestar y se encontraron con una feroz respuesta por parte de los funcionarios zaristas. La policía y los cosacos agredieron a los manifestantes y cientos de estudiantes fueron detenidos y expulsados de las universidades. El 1 de marzo de 1901, la manifestación frente a la catedral de Kazán, en San Petersburgo, fue dispersada



Stanislavski en una producción del Teatro de Arte de Moscú de *Los bajos fondos* de Máximo Gorki, en 1904

con especial brutalidad y varias personas resultaron muertas.

En aquel momento, Stanislavski estaba representando *Un enemigo del pueblo*, de Henrik Ibsen, que en su mente no tenía ninguna relación con los acontecimientos que se desarrollaban en el exterior. Cuando Stanislavski, en el quinto acto, pronunció la frase: “Nunca hay que ponerse un pantalón nuevo cuando se sale a luchar por la libertad y la verdad”, el público estaba allí. Stanislavski recuerda:

“Espontáneamente, el público relacionó la frase con la masacre de la plaza de Kazán, donde, sin duda, muchos trajes nuevos habían sido destrozados en nombre de la libertad y la verdad. Estas palabras provocaron tal tormenta de aplausos que tuvimos que detener la representación. El público se levantó y corrió hacia las candilejas, tendiéndome los brazos”.⁹

Continúa:

“Tal vez al elegir esta obra en particular e interpretar los papeles de esa manera concreta estábamos respondiendo intuitivamente al estado de ánimo imperante en la sociedad y a las condiciones de vida en nuestro país... Pero, cuando estábamos en el escenario interpretamos la obra sin pensar en la política... En cuanto al “mensaje” de la obra, yo no lo descubrí, se me reveló solo”.¹⁰

El MAT se vio igualmente afectado por la derrota de la revolución de 1905. En la reacción que siguió a esta derrota, el benefactor del teatro, el comerciante Morozov, se suicidó, lo que supuso una considerable presión personal y financiera para Stanislavski. En este periodo, el MAT produjo nuevas obras de contenido simbólico y místico, reflejando la desesperación y la desilusión del movimiento revolucionario de la época.

Sin embargo, la tradición radical del MAT continuó hasta 1917, cuando el odiado sistema zarista fue finalmente derrocado. Fue en los años que siguieron a la Revolución Rusa cuando el MAT alcanzó fama y reconocimiento mundiales, pero quizá lo más importante fue que el sueño de Stanislavski de crear un teatro popular se haría finalmente realidad.

TEATRO DESPUÉS DE OCTUBRE

En los años que siguieron a la Revolución de Octubre de 1917 se produjo, por primera vez en la historia de Rusia, una participación verdaderamente libre y abierta de la gente corriente en el mundo del arte, y el teatro fue posiblemente la mayor expresión de ello.

En una revolución, las masas pasan de los bastidores al centro de atención de la historia y comienzan a organizar la sociedad en su propio interés. Al hacerlo, empiezan a expresarse como seres humanos por primera vez, aspirando a una



auténtica existencia humana, que es el derecho de nacimiento de todos.

La necesidad de arte es una parte esencial de esta lucha del espíritu humano. La Revolución rusa no sólo trajo consigo el deseo de transformar la política y la sociedad, sino, como dijo Stanislavski, el deseo de conocer, participar y experimentar el arte y la cultura. En toda Rusia surgieron cientos de grupos de teatro, a menudo vinculados a fábricas locales y aldeas.

Las primeras medidas del gobierno bolchevique consistieron en organizar y subvencionar varias compañías teatrales de forma permanente, así como en crear escuelas de arte teatral. La mayoría de la población rusa carecía de experiencia teatral. Por su parte, el gobierno soviético, al igual que Stanislavski, comprendía el papel del teatro en la educación y el entretenimiento de las masas, por lo que se esforzó por hacer que el teatro fuera lo más accesible posible.

Lenin y Trotsky explicaron repetidamente que la lucha por construir una sociedad comunista no era sólo económica, sino también cultural. El apoyo activo de los bolcheviques al teatro ruso en este periodo constituyó una parte clave de este planteamiento.

Cuando los bolcheviques llegaron al poder habían heredado un país mayoritariamente campesino, con un legado de inmenso atraso e ignorancia, donde sólo el 37,9 por ciento de la población masculina y el 12,5 por ciento de la femenina sabían leer y escribir. El desarrollo ulterior de las fuerzas productivas, y de hecho la existencia continuada del Estado obrero, sería imposible sin abordar problemas elementales como el analfabetismo y sin una lucha concertada para elevar el nivel cultural de la Rusia revolucionaria.

Como afirmó Trotsky en *Problemas de la vida cotidiana*:

“¿En qué consiste, pues, nuestra tarea actual? ¿Qué debemos aprender?

¿A qué debemos tender ante todo? Tenemos que aprender a trabajar correctamente, con precisión, limpieza y economía. Necesitamos desarrollar la cultura en el trabajo, la cultura de la vida, la cultura del modo de vida. Hemos derribado el reino de los explotadores —después de una larga preparación— gracias a la palanca de la insurrección armada. No existe palanca apropiada para elevar de un sólo golpe el nivel cultural. Esto requiere un largo proceso de auto-educación de la clase obrera acompañada y seguida por el campesinado.”¹¹

En este proceso, el teatro desempeñaría un papel casi tan importante como el aula.

Como partidario de la revolución, Stanislavski se lanzó inmediatamente, junto con el MJAT, a las tareas de organizar y crear teatro para la nueva sociedad que estaba surgiendo:

“El Teatro añadió una nueva misión a su labor; se trataba de abrir sus puertas a las más amplias masas de espectadores, a esos millones de personas que hasta entonces no habían tenido oportunidad de disfrutar de los placeres culturales... [N]uestros corazones latían ansiosos y alegres al tomar conciencia de la tremenda importancia de la misión que nos había tocado... Existe la opinión de que hay que representar para el campesino obras de su propia vida, obras que se ajusten a su idea de lo que es el mundo... Esto no sólo es un malentendido, es completamente falso. El campesino, al ver una obra de su propia vida, la critica, la encuentra distinta a la vida tal como la conoce, no reconoce el lenguaje que le es propio, pues habla de forma totalmente distinta a la gente del escenario. Declara que se ha cansado de esta vida en casa, que ya ha visto bastante de ella tal como es, que está infinitamente más interesado en ver cómo viven

otras personas. El simple espectador anhela la vida bella".¹²

Stanislavski, al igual que Lenin en sus críticas a la corriente economicista del movimiento socialdemócrata ruso y a su actitud "obrerista", explica correctamente por qué los obreros y campesinos corrientes no quieren que se les diga lo que ya saben, o que se les muestre una vida a la que ya están acostumbrados, sino que quieren elevar sus miras, aprender y vislumbrar la verdadera belleza del mundo.

Contrariamente a lo que sostienen los burgueses, la gente corriente no es demasiado ignorante para apreciar el arte, simplemente se le niega la oportunidad de experimentarlo y aprender sobre él. Stanislavski describe incluso la notable transformación del campesinado, la clase más atrasada y degradada de la sociedad rusa:

"Empezamos a comprender que esta gente venía al teatro no para divertirse, sino para aprender. Recuerdo a un campesino, que era un buen amigo mío, que venía una vez al año a Moscú con el propósito expreso de ver todo el repertorio de nuestro Teatro... Y después de la cena nos pedía noticias de nuestro Teatro con mayor alegría aún, y luego se dirigía al teatro con su maravilloso traje. Viendo la representación, enrojecía y palidecía de excitación y entusiasmo, y cuando terminaba la obra no podía volver a casa a dormir; caminaba solo durante horas por las calles, para aclarar sus impresiones... Habiendo visto todo nuestro repertorio... regresaba a su casa para pasar el año siguiente. Desde allí escribía numerosas cartas filosóficas que le ayudaban a digerir y seguir viviendo el cúmulo de impresiones que se había traído de Moscú. Creo que no fueron pocos los espectadores de ese tipo que pasaron por nuestro teatro. Sentíamos

su presencia y nuestro deber artístico hacia ellos."

La descripción de Stanislavski continúa:

"Las puertas de nuestro Teatro se abrieron exclusivamente para el pueblo pobre y se cerraron durante un tiempo para la intelectualidad. Nuestras representaciones eran gratuitas para todos los que recibían sus entradas de las fábricas e instituciones a las que las enviábamos, y nos encontramos cara a cara, justo después de la promulgación del decreto, con espectadores totalmente nuevos para nosotros, muchos de los cuales, quizá la mayoría, no sabían nada no sólo de nuestro Teatro, sino de ningún teatro..."

Con el advenimiento de la Revolución pasaron por nuestro Teatro muchas clases de la sociedad: hubo la época de los soldados, de los delegados de todos los confines de Rusia, de los niños y jóvenes y, por último, de los obreros y campesinos. Eran espectadores en el mejor sentido de la palabra; venían a nuestro Teatro no por casualidad, sino con el temblor y la expectativa de algo importante, algo que nunca antes habían experimentado."¹³

Incluso los enemigos de la revolución tuvieron que admitir que se estaba produciendo una explosión sin precedentes en las artes. Oliver Saylor, un crítico de teatro estadounidense y antibolchevique que llegó a Rusia en vísperas de la Revolución, escribió sobre la increíble variedad de representaciones teatrales disponibles para los rusos de a pie en 1922, que continuaron durante todo el invierno, sólo cesando en las fiestas religiosas.¹⁴

Todo el país se vio arrastrado por una epidemia de teatro. Incluso en las zonas rurales más remotas, los campesinos escribían obras de teatro individual y colectivamente. Donde no había obras es-tánder ni instructores dramáticos, en su

lugar ponían en escena canciones tradicionales rusas.

Prácticamente no había fábrica en el país sin su propio círculo dramático, y en la época de la Guerra Civil había alrededor de 3.000 compañías profesionales. Las obras escritas por los soldados del Ejército Rojo llegaron a miles de círculos dramáticos de regimiento, y en 1920, el Ejército Rojo y la Flota contaban con más de 1.800 clubes a los que estaban adscritos 1.210 teatros y 911 círculos dramáticos.

En aquella época no había ningún país en el mundo que pudiera igualar esta oferta teatral, y menos aún ofrecer tal accesibilidad a las masas.

Otros espectáculos de masas eran los dramas especiales, que solían representarse en días festivos. Los temas incluían las revoluciones de 1848 y 1917, la Comuna de París o el levantamiento de los esclavos de Espartaco. Una de las más famosas fue el *Asalto al Palacio de Invierno*, que se representó frente al Palacio de Invierno de Petrogrado el 7 de noviembre de 1920 con más de 8.000 participantes y una orquesta de al menos 500 personas. Entre ellos había muchas personas que habían participado en el acontecimiento real.

Por primera vez, el teatro y las artes no eran un mero entretenimiento para la burguesía, sino parte integrante de la construcción de una nueva sociedad. Para Stanislavski, el actor ya no era un mero profesional, sino alguien que debía desempeñar un papel personal en este proceso.

"¿Y qué debéis ser vosotros, actores modernos? Debéis ser, ante todo, personas vivas y llevar en el corazón todas esas nuevas cualidades que deben ayudarnos a todos a alcanzar un nuevo tipo de conciencia. ¿Qué tipo de conciencia? Aquella en la que la vida para el bien de todos ya no debe ser objeto de sueños ociosos y fantasías irrealizables."¹⁵

Sin embargo, la obra de Stanislavski no siempre fue comprendida por quienes la conocieron. Por ejemplo, la Asociación de Escritores Proletarios calificó de "idealista" el enfoque espiritual y psicológico que Stanislavski daba al actor. Estos críticos adoptaron una visión superficial de los antecedentes de Stanislavski y del tipo de representaciones que prefería (clásicos rusos y mundiales), y calificaron erróneamente al MAT de "derechista" y "burgués". El argumento de algunos, como el "Proletkult", era que todas las formas artísticas heredadas de la Rusia prerrevolucionaria eran en realidad "burguesas" y debían abandonarse, incluso destruirse.

Sin embargo, los bolcheviques, y Lenin en particular, se opusieron a esta interpretación unilateral y mecánica del arte, y comprendieron que la Rusia revolucionaria debía preservar y aprovechar los mayores logros artísticos del pasado. En



"Leer es uno de los deberes del hombre". Sergei Ivanovich Ivanov, 1920



Producción del Teatro del Arte de Moscú de *Los días de las turbinas*, en 1926; y cartel de *El inspector general*, de Gogol, en 1927



las celebraciones del 13º aniversario del MJAT en 1928, Lunarcharsky citó a Lenin: "Si hay un teatro que debemos a toda costa salvar y preservar del pasado, es, por supuesto, el teatro del Arte".¹⁶

Con el apoyo del gobierno bolchevique, el MAT siguió funcionando en 1917 y 1918, y sólo se interrumpió un mes durante la revolución. En 1919, el MAT se convirtió en el Teatro Académico de Arte de Moscú (MJAT), un teatro estatal oficial que recibía subvenciones del gobierno.

Contrariamente a lo que afirma la clase dominante, en sus primeros años, el gobierno bolchevique no reprimió ni censuró las libertades artísticas como habían hecho los zares y como hizo más tarde Stalin. Lenin y los principales bolcheviques abordaron la libertad artística con la sensibilidad y el aprecio que merecía.

Es algo que el propio Stanislavski reconoció. En 1928, en el 13º aniversario del MAT, dijo lo siguiente:

"En aquellos días el Gobierno acudió en nuestra ayuda y gracias a él nuestro teatro pudo capear el temporal... Pero, nuestro Gobierno se ganó mi más profunda gratitud por algo muy distinto. Cuando los acontecimientos políticos de nuestro país nos sorprendieron... nuestro Gobierno *no nos obligó a teñirnos de rojo y fingir ser lo que no éramos.*"¹⁷

Escribiendo en 1938 sobre la asfixia de la creatividad artística rusa bajo el estalinismo, Trotsky explica:

"... un partido verdaderamente revolucionario no puede ni quiere arrogarse la tarea de 'dirigir' y menos aún de comandar el arte, ni antes ni después de la conquista del poder. Tal pretensión sólo podría entrar en la cabeza de una burocracia - ignorante e impúdica, embriagada de su poder totalitario - que se ha convertido en la antítesis de la revolución proletaria... La creación

artística tiene sus leyes - incluso cuando sirve conscientemente a un movimiento social. La creación verdaderamente intelectual es incompatible con la mentira, la hipocresía y el espíritu de conformidad. El arte puede convertirse en un fuerte aliado de la revolución sólo en la medida en que permanezca fiel a sí mismo."¹⁸

EL MJAT SOVIÉTICO: "CLÁSICOS" FRENTE A "VANGUARDISTAS"

Con el apoyo de los bolcheviques, el MJAT prosperó después de 1917 y fue uno de los principales teatros estatales de Rusia, convirtiéndose prácticamente en un tesoro nacional. Tras sus giras europeas y americanas de 1922-1924, el MJAT adquirió fama mundial, recibiendo elogios de la crítica allá donde iba.

Durante este periodo, el teatro contó con un amplio repertorio de los principales dramaturgos rusos y occidentales. Tras regresar a Moscú en 1924, el MJAT continuó produciendo nuevas obras soviéticas, así como clásicos rusos.

Stanislavski relanza un MJAT "soviético" en 1925-1927 con una nueva y joven compañía. En este periodo, el MJAT produjo *Resurrección*, de León Tolstoi, que se diferenciaba del original en que no había redención para la clase dirigente, que era castigada, así como *El inspector general* y *Almas muertas*, de Gogol. El *tren blindado*, de temática soviética, también obtuvo el éxito del MJAT en 1927 y se convirtió en un clásico, sentando involuntariamente las bases de las futuras producciones realistas socialistas.

La puesta en escena de *Las bodas de Figaro* por el MJAT el 28 de abril de 1927 también se convirtió en un clásico instantáneo del teatro soviético. La obra de Pierre Beaumarchais es una crítica mordaz al *Ancien Regime* y a la vida

privilegiada de la nobleza, y quizá sea la obra más revolucionaria del siglo XVIII. Stanislavski utilizó creativamente una rueda giratoria en el decorado, que convertía el último acto en una loca carrera por el jardín utilizando cuatro localizaciones diferentes.

Tras la Revolución de Octubre, también se reactivaron otros teatros además del MJAT. El antiguo teatro imperial Alexandrinsky se convirtió en el Teatro Dramático Estatal, y una de las primeras medidas del Comisariado del Pueblo para la Educación en relación con el Alexandrinsky, al igual que con el Teatro Maly, fue la *insistencia* en un repertorio clásico. En los años siguientes a 1917, el Teatro Dramático Estatal produjo clásicos como *Las bodas de Figaro* y *Amor e intriga*, de Schiller, así como *Los bajos fondos*, de Gorki, en 1918.

Uno de los debates centrales en el teatro ruso tras la Revolución giró en torno a si preservar y poner en escena a los "clásicos" o promover el nuevo teatro *vanguardista* y "revolucionario". Meyerhold, antiguo alumno de Stanislavski, se oponía a la tradición teatral rusa representada por su antiguo maestro y el MJAT, y abogaba por sustituir la literatura, la psicología y el realismo representativo por las técnicas del cubismo, el futurismo y el suprematismo.

El Comisariado del Pueblo para la Ilustración, encargado de la cultura y la educación en la Rusia soviética, se opuso a estas propuestas en su momento porque el gobierno bolchevique se oponía al monopolio del arte por parte de la *vanguardia* o de cualquier otro grupo. Lo que los bolcheviques entendían era que los enfoques clásico y experimental de la creación artística no son mutuamente excluyentes, sino que pueden y deben apoyarse mutuamente.



Stanislavski con actores en 1922

CREACIÓN DEL 'SISTEMA'

El sistema Stanislavski es el estudio más completo que existe sobre la interpretación. Se concibió como una "gramática de la interpretación" práctica que proporcionaría a los actores una forma de lograr interpretaciones coherentes utilizando los poderes de su subconsciente e imaginación.

Durante décadas, Stanislavski había recopilado sus cuadernos en los que anotaba ideas sobre su propia interpretación, sus experiencias, sus triunfos y fracasos, y también lo que había aprendido de otros grandes actores. Estos cuadernos constituyeron la base de las obras publicadas de Stanislavski y del sistema.

Sólo cuando se acercaba a los 70 años, durante el periodo de represión estalinista en Rusia, Stanislavski aceptó codificar su teoría de la interpretación. Al principio se mostró reticente, ya que entendía su teoría como un método en constante evolución, en el que ninguna formulación parecía satisfacerle durante demasiado tiempo. De hecho, se rebelaba contra la idea de un manual escrito sobre la interpretación, que pensaba que podía degenerar muy fácilmente en un conjunto de prácticas mecánicas, repetidas por los actores sin pensar ni sentir. Tras muchas deliberaciones, Stanislavski decidió publicar sus escritos en forma de una serie de siete libros de ficción.

El sistema Stanislavski se divide a grandes rasgos en dos partes, el trabajo interno y externo del actor sobre sí mismo, y el trabajo interno y externo sobre un papel. El objetivo del trabajo interno del actor es alcanzar un estado creativo e inspirador, que se consigue con la aplicación de técnicas psicológicas. El trabajo externo del actor consiste en preparar el cuerpo para expresar físicamente el papel y presentar la vida interior en el escenario. El trabajo sobre el papel consiste en estudiar el texto en profundidad

y comprender su significado interno y su principio motor. Este significado interno da vida a toda la obra y a todos los papeles individuales que la componen.

Stanislavski murió antes de poder completar su serie sobre el sistema, dejando a sus estudiantes, asociados y editores la tarea de construir los manuscritos restantes. Algunas partes del sistema Stanislavski también se dieron a conocer al público a través de acontecimientos como la gira mundial del MJAT de los años veinte, antes de que se hubieran formulado por completo.

Quizá la consecuencia más famosa sea el desarrollo del "Método" de Lee Strasberg en el New York Actor's Studio, que hacía especial hincapié en el uso de la "memoria emocional" del actor. Se animaba a los actores a sumergirse totalmente en un personaje e intentar experimentar las emociones de una obra en la vida real.

Así, si un personaje experimentaba una desgarradora sensación de pérdida en escena, el actor debía conseguir esa misma emoción en la vida real y trasladarla a la representación. Esto contradecía directamente las enseñanzas de Stanislavski, que no creía que un actor pudiera, o debiera, transferir experiencias vitales directamente al escenario. Un enfoque de este tipo corría el riesgo de descuidar un estudio adecuado del texto y adaptar el personaje a la personalidad del actor, y no al revés.

El sistema Stanislavski siempre pretendió representar una unidad orgánica, una combinación de preparación psicológica, imaginativa y física, que no debía dividirse ni compartimentarse artificialmente. No pretendía ser un reglamento estricto, sino más bien una guía, un punto de referencia sobre cómo un actor puede resolver los problemas del proceso creativo.

Ni siquiera la comprensión de las propias leyes de la interpretación es suficiente

para crear una buena actuación, del mismo modo que el mero conocimiento de la lengua y la gramática no basta para crear una buena historia. Aunque Stanislavski se propuso comprender científicamente las leyes de la interpretación, su sistema nunca pretendió sustituir a la creatividad y la experimentación.

EL ESTALINISMO Y EL REALISMO SOCIALISTA

Sin embargo, la "edad de oro" del teatro en la Rusia revolucionaria no duró mucho, ya que la degeneración de la Revolución provocó una contrarrevolución en todas las esferas de la vida, que antes habían experimentado enormes avances, incluidas las artes.

El enfoque tolerante de los bolcheviques tras 1917 sería puesto patas arriba por Stalin. En el clima de la contrarrevolución estalinista y el ascenso de la burocracia, el antaño gran MJAT sufrió un indigno declive que duró décadas y del que nunca se recuperó.

La Oposición Unificada de Trotsky fue derrotada en el XV Congreso del partido, en diciembre de 1927, lo que supuso una nueva consolidación del poder de la burocracia. El teatro no pudo escapar a la reacción política y social que se estaba produciendo en Rusia. Se exigía más facturación, más producciones y más representaciones, todo ello mientras florecía un amateurismo incompetente en nombre del 'proletariado', pero que en realidad reflejaba las exigencias de la burocracia gris y sin vida.

La propia producción de *Otelo* de Stanislavski sufrió las consecuencias. Stanislavski, que se encontraba entonces en el extranjero, se dio cuenta de que la obra ya se había puesto en escena antes de que él hubiera terminado su plan. Sólo se le habían concedido tres meses de ensayos y sólo se habían tenido en cuenta sus intenciones de forma pasiva.

En 1931, Stanislavski desafió directamente a las autoridades y consiguió la autonomía del MJAT, dentro de ciertos límites. Trágicamente, sin embargo, el MJAT acabó siendo un peón personal de la política artística de Stalin. En este periodo, el enfoque revolucionario, del que fue pionero el MJAT en sus primeros años, y en los años posteriores a 1917, fue sistemáticamente suprimido en favor del Realismo Socialista, que se convirtió en la forma artística oficial del Estado en 1932.

El realismo socialista es un estilo de arte que pretende representar los valores del comunismo. Sin embargo, en realidad es una subordinación de toda la creatividad artística a los caprichos y necesidades de la burocracia estalinista. No se toleraba nada que no fuera la glorificación de la vida y el gobierno soviéticos. En el teatro, esto significaría la completa destrucción de cualquier individualidad

o experimento. El estalinismo y el realismo socialista negaban todo lo que Stanislavski había luchado por desterrar del teatro ruso.

Sin embargo, la burocracia estalinista se apropió de repente de la revolucionaria obra de Stanislavski sobre el realismo. Los crudos ataques de los críticos soviéticos en los primeros años de la Revolución se transformaron en adulaciones y alabanzas sin fin.

Stalin decidió que el MJAT sería el emblema de la nueva política artística, y todos los teatros soviéticos debían basarse en el modelo del MJAT. La formación de actores también seguiría el sistema Stanislavski, pero de forma rígida y dogmática.

Otros artistas independientes sufrieron destinos similares o incluso peores. Entre las víctimas de la política artística de Stalin se encuentran el compositor Dmitri Shostakovich, el director de cine Sergei Eisenstein y el artista Alexander Rodchenko, todos ellos silenciados o sometidos a una camisa de fuerza artística.

Meyerhold, cuya obra experimental y vanguardista también revolucionó el teatro del siglo XX, hizo heroicos intentos de resistirse a la contrarrevolución de Stalin. No cedió ante sus críticos y, como consecuencia, las autoridades acabaron por expulsarlo de los escenarios. El Teatro Meyerhold fue liquidado en 1938 y el propio Meyerhold se quedó sin trabajo.

El heroico discurso final de Meyerhold en el Congreso de Directores de Toda la Unión en 1939 fue una denuncia incendiaria del realismo socialista y su dominio sobre el arte soviético:

“La cosa lamentable y miserable que pretende el título de teatro del realismo socialista no tiene nada en común con el arte... Vayan a visitar los teatros de Moscú. Miren sus monótonas y aburridas presentaciones que se parecen unas a otras y cada una es peor que la otra... La gente del arte buscaba, erraba y con frecuencia tropezaba y se desviaba, pero realmente creaba, a veces mal y a veces espléndidamente. Donde antes estaban los mejores teatros del mundo, ahora, con su venia, todo está sombríamente bien regulado, medianamente aritmético, estupefaciente y asesino en su falta de talento. ¿Es ese su objetivo? Si lo es, ¡oh! ¡Han hecho algo monstruoso!... Al cazar el formalismo, ¡han eliminado el arte!”¹⁹

El discurso selló su destino. Tras años de ser denunciado por las autoridades, Meyerhold fue detenido, acusado de trotskista y espía, brutalmente torturado y finalmente asesinado a tiros el 2 de febrero de 1940.

EL LEGADO DE STANISLAVSKI

Hoy en día no hay escuela de arte dramático en el mundo que no enseñe o emplee alguna forma del sistema Stanislavski, y generaciones de actores, directores e intérpretes siguen en deuda con su innovador desarrollo del realismo y el estudio de las leyes de la interpretación.

Aunque hay mucho más en el mundo de la interpretación y la actuación que el realismo, como demostraron brillantemente Meyerhold y el otro gran dramaturgo revolucionario del siglo XX, Bertold Brecht, la forma de actuación que ha dominado los siglos XX y XXI es el realismo. El realismo ha conmovido, entretenido e inspirado al público de todo el mundo. Al descubrir sus leyes internas, se podría describir a Stanislavski como el verdadero padre de la interpretación moderna.

Stanislavski fue producto de un período de cambio revolucionario en Rusia, y a lo largo de su vida siempre se alineó con la lucha contra el zarismo. El espectacular auge del teatro ruso en este período no se debió únicamente al genio específico representado por Chéjov, Stanislavski, Meyerhold (y otros), aunque su talento no puede ponerse en duda. Este legado simplemente no habría sido posible sin la Revolución de Octubre de 1917 y la transformación de la sociedad, que dio rienda suelta a la creatividad artística a una escala nunca vista antes, y posiblemente, nunca vista desde entonces.

Esta chispa creativa fue criminalmente sofocada por el estalinismo, pero ni siquiera la represión más feroz de la burocracia pudo deshacer por completo la gran iluminación, la ampliación de los horizontes culturales de decenas de millones

de personas, que la Revolución y gente como Stanislavski lograron. El renombre del ballet y la orquesta rusos, por ejemplo, sigue siendo un atisbo de este legado.

En la Nochevieja de 1929, Stanislavski pronunció las siguientes palabras ante la compañía del Teatro del Arte de Moscú:

“Llegará el momento, y muy pronto, en que se escribirá una gran obra, una obra genial. Será, por supuesto, revolucionaria. Ninguna gran obra puede ser otra cosa. Pero no será una obra revolucionaria en el sentido de que se desfile con banderas rojas. La revolución vendrá de algo interior. Veremos en el escenario la metamorfosis del alma del mundo, la lucha interior con un pasado agotado, con un presente nuevo, aún no comprendido ni realizado. Será una lucha por la igualdad, la libertad, una vida nueva y una cultura espiritual...”²⁰

El potencial para esta gran obra sigue latente en los trabajadores del mundo de hoy. Es tarea de los revolucionarios hacer realidad este potencial, llevar a cabo la revolución en el arte completando la revolución en la sociedad. Todos los verdaderos artistas deben luchar constantemente por este objetivo, ya que es lo único que puede liberar finalmente al arte y a la creatividad de los grilletes del capitalismo y de la sociedad de clases, y marcar el comienzo de una nueva edad de oro de la libertad artística y de la auténtica expresión humana. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc33
o escanea el código QR



Retrato “doble” de Meyerhold, en el que aparece como Arquero y como Dandy. El pintor, Boris Grigoriev, fue uno de los fundadores del estudio de Meyerhold.



1923

LA CATÁSTROFE ALEMANA

“Sólo el comunismo puede salvarte” Cartel del KPD de 1923

En el verano de 1923, Alemania se encontró en medio de una intensa efervescencia revolucionaria. Pero esta oportunidad histórica para que la clase obrera tomara el poder se desaprovechó, con consecuencias devastadoras, no sólo para Alemania, sino para el curso de la revolución socialista mundial. En este artículo, que conmemora el centenario del dramático fracaso de la Revolución alemana en octubre de 1923, **Tatjana Pinetzki** explica cómo se llegó a esta situación, los errores de los dirigentes y el impacto de estos acontecimientos en la historia mundial.

“Ninguna otra nación ha experimentado nada comparable a los acontecimientos de 1923 en Alemania. Todas las naciones pasaron por la Gran Guerra, y la mayoría de ellas experimentaron también revoluciones, crisis sociales, huelgas, redistribución de la riqueza y devaluación de la moneda. Ninguna, salvo Alemania, ha vivido el extremo fantástico y grotesco de todo ello junto; ninguna ha experimentado la gigantesca y carnavalesca danza de la muerte, la interminable y sangrienta Saturnalia, en la que no sólo el dinero sino todos los estándares perdieron su valor.”

– Sebastian Haffner

La Revolución de Octubre de 1917 en Rusia dio un poderoso impulso a la revolución socialista mundial. Lenin y los bolcheviques comprendieron claramente que la supervivencia de la joven república soviética dependía de la ayuda del proletariado internacional y de nuevas revoluciones victoriosas en Europa. Por encima de todo, dirigieron su mirada a la clase obrera alemana, que en el periodo revolucionario entre 1918 y 1923 tuvo varias oportunidades para romper el dominio de la clase capitalista y de los Junkers prusianos.

La Revolución de noviembre de 1918 no sólo sacó a Alemania de la Primera Guerra Mundial, sino que acabó con el propio Imperio alemán, derrocando al último emperador Hohenzollern, Guillermo II. Pero gracias a la dirección reformista del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) y a los sindicatos vinculados a él, el capitalismo se salvó. En lugar de ser sustituido por una república socialista, el Imperio alemán se convirtió en la República burguesa de Weimar.

Otros levantamientos revolucionarios también fracasaron, no sólo por el traicionero papel de los reformistas, sino también porque el inmaduro Partido Comunista de Alemania (KPD) había sido despojado de sus principales figuras -sobre todo Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht- por la contrarrevolución.

El punto de inflexión decisivo llegó finalmente en 1923. Fue un año marcado por profundas convulsiones políticas y un colapso económico extremo. Al KPD, convertido ya en un partido de masas, se le presentó por fin la oportunidad de cumplir su papel histórico y conducir a la clase obrera al poder.

UNA PAZ PARA ACABAR CON TODAS LAS PACES

El Tratado de Versalles puso fin formalmente al estado de guerra entre Alemania y las potencias aliadas el 28 de junio de 1919. Este humillante acuerdo tuvo consecuencias devastadoras para Alemania, a la que se consideró como única culpable de la guerra.

La Alemania derrotada debía asumir toda la responsabilidad: tendría que desarmarse, hacer considerables concesiones territoriales y pagar reparaciones a las potencias vencedoras.

Francia era la más agresiva de las potencias aliadas. El primer Ministro Georges Clémenceau, en particular, estaba ansioso por debilitar a Alemania política y económicamente. La burguesía francesa se apoderó de la región industrial de Alsacia-Lorena, de importancia estratégica, y puso sus ojos en Renania. Esperaban reforzar su posición en Europa gracias a las ventajas económicas adquiridas.

Lejos de liberar a las naciones antes sometidas al yugo del imperialismo alemán, las potencias vencedoras se repartieron entre sí las colonias alemanas, así como las regiones fronterizas del imperio derrocado.

La suma total de las reparaciones exigidas ascendía a la insostenible cifra de 226.000 millones de marcos oro. Las reparaciones resultaron imposibles de pagar, incluso después de haber sido reducidas a 132.000 millones de marcos en 1921. Las reparaciones se pagaban no sólo en dinero, sino también en carbón, acero, madera y productos agrícolas. Se enviaron a Francia locomotoras, camiones e incluso vacas.



Imagen: Bundesarchiv, Bild 183-R09876 / CC-BY-SA 3.0

Un soldado francés amenaza a un anciano alemán

OCUPACIÓN DEL RUHR

En 1922, Alemania tenía cada vez más dificultades para hacer frente al pago de las reparaciones. El 26 de diciembre, la Comisión Aliada de Reparaciones concluyó por unanimidad que Alemania no había cumplido sus obligaciones.

El 9 de enero de 1923, la Comisión declaró que Alemania retenía deliberadamente los suministros. Francia, bajo el mando del Primer Ministro Poincaré, y Bélgica marcharon con 60.000 soldados a la cuenca del Ruhr, centro de la producción alemana de carbón y acero.

Al día siguiente, el canciller del Reich, Wilhelm Cuno*, anunció que se opondría a la ocupación. Fue una medida inusualmente audaz, que su gobierno acabaría lamentando.

El Reichstag acordó un plan de “resistencia pasiva” que prohibía toda colaboración con las autoridades de ocupación y el pago de indemnizaciones. En todas partes se produjeron manifestaciones masivas contra las tropas francesas. En algunos casos, los industriales y los sindicatos hicieron un llamamiento conjunto a la protesta.

El llamamiento del gobierno de Cuno a la resistencia galvanizó involuntariamente la lucha de clases. La clase obrera respondió con entusiasmo al llamamiento a la resistencia y las luchas se radicalizaron rápidamente. La unidad nacional entre obreros y capitalistas se desmoronó rápidamente al hacerse más evidentes las contradicciones de clase.

Los capitalistas, por el contrario, cooperaron secretamente con los franceses en las entregas de carbón, desafiando el

plan del Reichstag. Cuando se les ofreció el pago en metálico, los burgueses no dudaron en romper su “resistencia pasiva”. Obtuvieron enormes beneficios, mientras pedían a los trabajadores que hicieran grandes sacrificios en nombre de la resistencia a las potencias aliadas.

Esto se convirtió en una excusa para hacer recaer el peso de la crisis económica general sobre los hombros de la clase trabajadora, especialmente a través de la inflación. Industriales como Hugo Stinnes llegaron a exigir la abolición de la jornada de ocho horas y tacharon de “antipatrióticas” las reivindicaciones de salarios más altos².

LOS ESPECULADORES DE LA INFLACIÓN

La inflación que experimentó Alemania no se debió simplemente a las reparaciones. El Imperio Alemán había financiado su esfuerzo bélico emitiendo bonos nacionales, es decir, deuda pública. Pero éstos eran insuficientes para cubrir los costes de la guerra. Por ello, el gobierno imprimió moneda y aplicó una política crediticia flexible.

La cantidad de dinero en circulación pasó de 2.900 millones de marcos al estallar la guerra en agosto de 1914 a 18.600 millones en diciembre de 1918. Al final de la guerra, la deuda total del país ascendía a 156.000 millones de marcos. El valor exterior del marco había caído casi a la mitad en relación con el periodo anterior a la guerra.³ Las reparaciones se sumaron a todo esto. Para pagarlas, el gobierno recurrió una vez más a la imprenta, multiplicando por seis la cantidad de papel moneda en circulación.

La resistencia pasiva también alimentó la inflación. La producción disminuyó mientras proliferaba el papel moneda en circulación, y el gobierno empeoró la situación subvencionando la pérdida de beneficios de los industriales del Ruhr, utilizando dinero que no tenía. Además, el Estado se hizo cargo de los salarios de los obreros de las fábricas paradas por la resistencia pasiva.

Mientras las empresas más pequeñas quebraban, las industrias que producían para el mercado de exportación florecían, ya que podían vender a precios más baratos que sus competidores extranjeros con el marco devaluado, recibiendo beneficios en dólares o en oro. Hugo Stinnes pudo así adquirir a crédito todo un imperio industrial... que pagó con papel moneda sin valor. Esto le valió el título de “rey de la inflación”.

Entre los que se beneficiaron espléndidamente de la inflación se encontraban los terratenientes del Elba oriental, que pagaron fácilmente sus deudas, ahora sin valor. Muchos campesinos también se beneficiaron de la inflación. Como el dinero ya no valía nada, los campesinos se aferraron a sus productos, mientras que las clases medias arruinadas se vieron obligadas a intercambiar todo lo que les quedaba -herencias, joyas, abrigos de piel, etc.- por alimentos.

LOS PERDEDORES DE LA INFLACIÓN

La inflación se convirtió en hiperinflación. En pocos meses, la clase obrera se vio sumida en la pobreza más absoluta. Mientras tanto, la pequeña burguesía urbana también se veía abocada a la ruina a medida

* Director General de la compañía naviera HAPAG, nombrado Canciller por el Presidente del Reich Friedrich Ebert (SPD) en noviembre de 1922

que la inflación devoraba sus ahorros e ingresos. Los pensionistas y los beneficiarios de la asistencia social (parados, veteranos y discapacitados de la guerra) se enfrentan a la miseria más absoluta.

Poco después de recibir el dinero, la suma quedaba sin valor. A principios de agosto de 1923, el literato Victor Klemperer escribió en su diario lo que observó en un café:

“El tablón de precios mostraba 6.000 M. Eso desapareció mientras se lo bebía. Cuando fue a pagar, el camarero le pidió 12.000. Ella dijo que antes ponía 6.000. ‘Ah, ¿ya estaba aquí con el precio anterior? Entonces pague 6.000’.”⁴

En 1919, el precio del pan era de 36 pfennigs. En septiembre de 1923, en plena hiperinflación, la misma hogaza costaba 20.100 millones de marcos. El consumo de trigo cayó un 66%. Muchas familias apenas podían permitirse la carne. El café se convirtió en un bien de lujo.

La pobreza se hizo aún más amarga. En su visita a Alemania la comunista rusa, Larissa Reissner, escribió:

“Berlín se muere de hambre. En la calle, todos los días se recoge en los tranvías y en las colas a personas que se han desmayado de agotamiento. Conductores hambrientos conducen los tranvías, maquinistas hambrientos empujan sus trenes por los infernales pasillos del metro, hombres hambrientos se van a trabajar o vagan sin trabajo durante días y noches por los parques y las zonas periféricas de la ciudad.”⁵

CONDICIONES PREVIAS DE LA REVOLUCIÓN

Los sindicatos entraron en crisis porque las cuotas de los afiliados perdieron todo su valor. El SPD apoyó al gobierno derechista de Cuno. El KPD, por el contrario, defendía una posición independiente. Llamó a los trabajadores a oponerse tanto a la ocupación del Ruhr como a los ataques

de la clase dominante. Su lema era: “Venecer a Poincaré en el Ruhr y a Cuno en el Spree”. El 23 de enero, la dirección del KPD publicó un llamamiento en *Die Rote Fahne* (*La bandera roja*):

“En esta situación, el proletariado debe saber que tiene que luchar en dos bandos. El proletariado alemán, por supuesto, no puede someterse a los invasores capitalistas. Los capitalistas franceses no son ni un ápice mejores que los alemanes y las bayonetas de las tropas de ocupación francesas no son menos afiladas que las del Reichswehr... Sólo si marcháis por todas partes a lo largo y ancho del imperio como una fuerza independiente, como una clase que lucha por sus propios intereses, podréis hacer frente al peligro que reside en el fortalecimiento de la burguesía alemana por el frenesí nacionalista. Sólo si os levantáis separados de la burguesía alemana, deponiendo su comercio, los obreros de los países extranjeros, en primer lugar los obreros franceses, vendrán en vuestra ayuda.”⁶

Se daban las condiciones objetivas para una revolución socialista. Lo que había sido una oleada huelguística de “resistencia pasiva” convocada por Cuno en el Ruhr, se estaba convirtiendo a partir de mayo en una oleada huelguística *contra* el propio gobierno de Cuno. En los meses de verano, el gobierno de Cuno estaba al borde del colapso. No había avanzado en la cuestión de las reparaciones ni en la estabilización de la moneda. El marco estaba en caída libre.

La clase dominante estaba dividida: un amplio sector deseaba abandonar por completo la resistencia pasiva, mientras que un pequeño sector estaba dispuesto a arriesgarlo todo en una nueva guerra con Francia. Un ala de la clase dominante quería abandonar a Wilhelm Cuno en favor del

“anexionista” y representante del capital industrial, Gustav Stresemann, del Partido Popular Alemán (DVP), nacional liberal. Otra ala aspiraba a la dictadura militar.

La clase obrera buscaba una salida a su situación. En el transcurso del primer semestre, cada vez más trabajadores se dirigieron al KPD. En septiembre de 1923, el KPD contaba con unos 295.000 miembros. Jakob Walcher estimó en la reunión ampliada del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (CEIC) en junio que 2,4 millones de trabajadores de los sindicatos estaban bajo la influencia de los comunistas. Fritz Heckert informó de que alrededor del 30-35 por ciento de los trabajadores organizados estaban bajo la dirección del KPD.⁷

La pequeña burguesía, sobre todo la clase media urbana, se enfureció y dirigió su mirada hacia los partidos obreros. A este respecto, el historiador Wolfgang Ruge escribió:

“Amplios sectores de las clases medias se unieron más estrechamente al proletariado, participaron en acciones contra la usura y la inflación, en huelgas de inquilinos y en marchas del hambre, empezaron a darse cuenta de que la miseria, la inseguridad y el peligro de guerra sólo podían desterrarse superando el dominio burgués.”⁸

¿A LA OFENSIVA?

La situación requería una cosa por encima de todo: una dirección revolucionaria que dirigiera todas sus energías hacia los preparativos de un levantamiento y la toma del poder.

Pero después de que el partido se lanzara a una aventura ultraizquierdista en 1921, la llamada Acción de Marzo, había sufrido inevitablemente una derrota y había sido severamente castigado. Tras el fracaso de la Acción de Marzo, el KPD había seguido correctamente la táctica del Frente Único, adoptada en el III Congreso de la Internacional Comunista de ese mismo año. Ésta consistía en que los partidos comunistas apelaran a las organizaciones reformistas, incluido el SPD, para desmascarar a sus dirigentes y atraer pacientemente a la clase obrera a su lado.

El ala ultraizquierdista del KPD, en torno a Ruth Fischer, Arkadi Maslowy Ernst Thälmann, denunció incesantemente el “curso oportunista” de la dirección del partido y acusó a Brandler de complacer al SPD. Pero sobre la base de esta táctica, el KPD consiguió recuperarse de la derrota de 1921 y ganar a sus filas a una capa más amplia de trabajadores.

Sin embargo, en 1923 la situación había cambiado; el KPD necesitaba ahora pasar a la ofensiva. Pero la dirección del partido, en torno a Heinrich Brandler y August Thalheimer, se había vuelto demasiado cautelosa, tras haberse quemado los



dedos en 1921. En mayo de 1923, el centro del partido se equivocó por completo:

“No estamos en condiciones de instaurar la dictadura del proletariado porque aún no existen las condiciones previas necesarias, la voluntad revolucionaria entre la mayoría de la clase obrera.”⁹

En realidad, la situación no podía ser más favorable. Arthur Rosenberg -historiador y miembro del KPD hasta 1927- recordaba: “Nunca ha habido un periodo en la reciente historia alemana que hubiera sido tan favorable para una revolución socialista como el verano de 1923”.¹⁰

Los izquierdistas del KPD exigieron con indignación que se planteara la cuestión del poder. Exigieron un programa de acción inmediato que incluía la ocupación de fábricas, la introducción del control

obrero sobre la producción y milicias obreras en todo el Ruhr. Estas medidas debían abrir la lucha directa por el poder.

Karl Retzlaff, miembro del KPD, escribió sobre aquellos meses de verano:

“Entretanto, las disputas internas en torno a la política y la táctica del KPD se volvieron tan violentas y rencorosas que se llevaron una vez más a la Internacional Comunista. El líder del partido, Brandler, y los miembros más importantes del Comité Central viajaron a Moscú a mediados del verano de 1923 y volvieron a ausentarse durante varias semanas. Estas mismas semanas fueron decisivas para el esperado levantamiento popular.”¹¹

En realidad, el KPD -junto con el CEIC- debería haber iniciado ya los preparativos para un levantamiento armado en

Alemania. Pero la dirección de la Internacional Comunista, al igual que los propios dirigentes del KPD, vaciló. Grigori Zinóviev, entonces presidente del CEIC, afirmó: “Esto no significa que la revolución vaya a llegar en un mes o en un año. Quizás se necesite mucho más tiempo. Pero en el sentido histórico Alemania está en vísperas de la revolución proletaria.”¹²

Los preparativos para la insurrección se pospusieron así indefinidamente hacia el futuro. Desgraciadamente, ni Lenin, que estaba incapacitado, ni León Trotsky estuvieron presentes en el CEIC para dirigir la discusión hacia la ofensiva. Muchas de las discusiones giraron en torno a la amenaza del fascismo, en lugar de que los comunistas desarrollaran planes concretos para un levantamiento y una ofensiva propios.

JORNADA ANTIFASCISTA

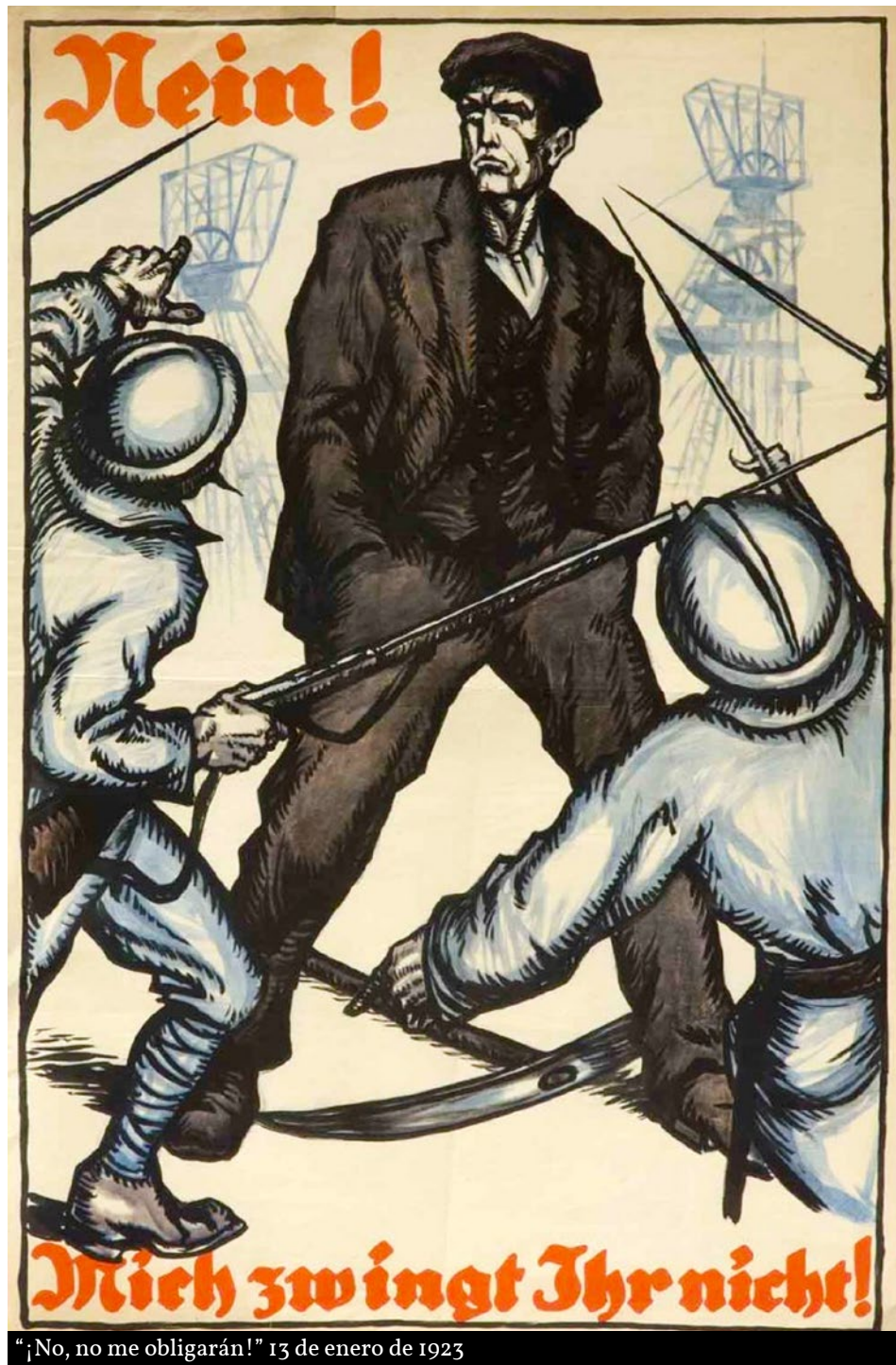
A principios de 1923, se había establecido un gobierno reaccionario en Baviera bajo el monárquico Gustav Ritter von Kahr. En verano, cada vez corrían más rumores de que los Freikorps fascistas y el Reichswehr negro preparaban una guerra civil contra los gobiernos socialdemócratas minoritarios de Sajonia y Turingia. En estos estados, el SPD se inclinaba hacia la izquierda e incluso toleraba a los Centurias Proletarios (milicias obreras), que existían desde 1920 y habían sido creadas por el KPD.

La sede central del KPD publicó una decisión en *Die Rote Fahne*: declaraba el 29 de julio “Jornada Antifascista” del proletariado y convocaba manifestaciones en toda Alemania. El autoproclamado “sabueso” del Estado de Weimar, Gustav Noske (SPD), prohibió todas las manifestaciones en la provincia prusiana de Hannover, de la que era presidente. Otros estados siguieron su ejemplo, con la excepción de Sajonia, Turingia y Baden.

Según Pierre Broué, todas las diferencias en la cúpula del partido “reaparecieron inmediatamente en el seno de la Zentrale. ¿Debían aceptar la prohibición? ¿Debían proceder, pero en ese caso, cómo evitar correr riesgos excesivos, e incluso arriesgarse a una batalla prematura?”¹³

Brandler abogó por un compromiso: las manifestaciones debían celebrarse allí donde estuvieran permitidas, así como en Prusia y el Ruhr, donde el Reichswehr no podía impedir las. Fischer insistió en que las manifestaciones también debían tener lugar en Berlín, para que el KPD pudiera salvar las apariencias. Brandler no estaba dispuesto a tomar la decisión solo y recurrió al asesoramiento del CEIC.

Cuando el telegrama de Brandler llegó a Moscú, sólo Karl Radek estaba allí para recibirlo, y seguía sin estar convencido de que hubiera una situación revolucionaria. Opinaba que el KPD no debía recoger el guante, para no arriesgarse a una derrota.



“¡No, no me obligarán!” 13 de enero de 1923



Concentración de trabajadores en Essen ante una acería, 31 de marzo de 1923

Pidió la opinión de otros camaradas del CEIC. Trotsky se estaba recuperando de una enfermedad y no tenía suficiente información, por lo que no podía dar ningún consejo. Zinoviev y Nikolai Bujarin estaban a favor de desafiar la prohibición. Stalin era de otra opinión:

“Si el Gobierno de Alemania se derrumbara ahora, por decirlo de alguna manera, y los comunistas se apoderaran de él, acabarían estrellándose. Eso, en el ‘mejor’ de los casos.”¹⁴

Para evitar lo que él creía que sería una “batalla general” en la que la “burguesía más los socialdemócratas de derechas” “aplastarían a los comunistas”, Stalin opinaba que el CEIC debía “contener a los alemanes y no impulsarlos”.

Radek transmitió la opinión de Stalin al KPD. La oficina central respaldó su posición. En la mayoría de los lugares, las manifestaciones callejeras previstas para la Jornada Antifascista fueron sustituidas por asambleas, excepto en Sajonia, Turingia y Wurtemberg. Pero la asistencia a las mismas fue muy alta.

“Había 200.000 en Berlín en 17 reuniones, entre 50.000 y 60.000 en Chemnitz, 30.000 en Leipzig, 25.000 en Gotha, 20.000 en Dresde, y un total de 100.000 en la región de Württemberg”.¹⁵

La dirección del KPD y el CEIC iban muy a la zaga de la evolución de la situación. Incluso los periódicos burgueses olfateaban

el peligro de una revolución. Un editorial anónimo de *Germania* (periódico del Partido del Centro Católico) escribió el 27 de julio de 1923: “El aire está cargado de electricidad y bastaría una chispa para desencadenar una explosión”. Todos los indicios apuntaban a una inminente crisis del Estado, comparable a la Revolución de Octubre rusa.

Antes, el portavoz conservador *Neue Preussische Zeitung* también había declarado que todo apuntaba al estallido inminente de una nueva revolución. El 28 de julio, el presidente del grupo parlamentario del SPD en el Reichstag, Hermann Müller, expresó su preocupación en el órgano socialdemócrata *Vorwärts* por la “radicalización salvaje” de las masas. Si fuera necesaria la formación de un nuevo gobierno, el SPD estaría dispuesto a participar constructivamente.

HUELGA GENERAL CONTRA CUNO

A finales de julio y principios de agosto, el colapso social debido a la inflación era tan terrible que el gobierno de Cuno se había vuelto inaceptable para la clase obrera. El 1 de agosto, una familia de cinco miembros ya tenía que gastar 10 millones de marcos para sobrevivir.

Una oleada de huelgas sacudió a la burguesía, sobre todo en Berlín, Hamburgo, Silesia, el Ruhr y la zona industrial del centro de Alemania. Las huelgas se politizaron y radicalizaron aún más a los

comités de empresa consagrados por la Constitución de Weimar.

Estos órganos se habían introducido como una alternativa más pacífica y reformista a los Consejos de Obreros y Soldados (soviets alemanes) que se habían establecido en 1918. Su principal tarea no era socializar la industria, sino regular el lugar de trabajo y hacerlo más eficaz, en colaboración con los representantes de la patronal. Pero en el contexto de la profunda crisis de 1923, una parte del movimiento de los comités de empresa empezó a orientarse hacia la revolución.

El 7 de agosto, un pleno de los comités de empresa berlineses pide la dimisión del gobierno de Cuno e hizo un llamado a los trabajadores de las grandes fábricas a que presentaran esta exigencia a través de delegaciones en el Reichstag.

Al día siguiente, los impresores berlineses decidieron convocar una huelga general para el 10 de agosto, por el derrocamiento del gobierno de Cuno. Sólo los periódicos y las editoriales de los partidos obreros no se vieron afectados por la huelga. Los trabajadores de la Reichsdruckerei, donde se imprimía dinero las veinticuatro horas del día desde hacía meses, también se sumaron a la huelga. Les siguieron los trabajadores del transporte y la electricidad.

La socialista Evelyn Anderson escribe sobre la huelga general contra Cuno:

“Junto a la huelga contra la rebelión de Kapp, la huelga de Cuno fue, con mucho, la mayor y más exitosa acción de masas jamás emprendida por la clase obrera alemana. Sin embargo, había diferencias importantes entre las dos huelgas. En marzo de 1920, los trabajadores alemanes respondieron al llamamiento conjunto de sus sindicatos y partidos. En agosto de 1923, ni los sindicatos ni ninguno de los partidos de la clase obrera había hecho tal llamamiento. La huelga de Cuno fue totalmente espontánea, y como tal fue una acción única en la historia del movimiento obrero alemán.”¹⁶

Desesperados y anhelantes de una solución revolucionaria, cientos de miles de trabajadores abandonaron el SPD y se afiliaron al KPD. El 12 de agosto, después de que el KPD presentara una moción de censura contra Cuno en el Reichstag, el gabinete de Cuno dimitió. La dirección del KPD ya no podía ignorar la gravedad de la situación. La mayoría de los trabajadores les apoyaba. Había llegado la hora de golpear, pero desperdició la oportunidad.

El presidente Ebert aprovechó la indecisión del KPD. Le ofreció la cancillería a Gustav Stresemann. Este reaccionario había desempeñado un turbio papel en el Putsch de Kapp de 1920. Aunque su partido, el DVP, no participó directamente en el golpe, declaró inmediatamente su apoyo al gobierno de Kapp.

Ahora el SPD entró en un gobierno burgués con estos contrarrevolucionarios para frustrar el movimiento obrero.

DIFERENCIAS EN MOSCÚ

Al parecer, la huelga general contra Cuno también había despertado a Zinóviev y al resto del CEIC. Los líderes del KPD fueron convocados a Moscú una vez más. Cuando llegaron, se sorprendieron al ver pancartas colgadas por todo Moscú que decían: “¡La juventud rusa aprende alemán! Se acerca el octubre alemán”.

En la reunión del CEIC y de la Oficina Central, Radek informó de que la revolución alemana había entrado en una nueva

fase. Trotsky no tenía ninguna duda de que se acercaba el momento de la lucha decisiva y directa por el poder en Alemania. Sólo quedaban unas pocas semanas para los preparativos. Todo debía subordinarse a esta tarea. Ya se había perdido bastante tiempo porque la dirección del KPD y el CEIC habían sido incapaces de evaluar correctamente la situación.

Zinóviev, sin embargo, opinaba que era más probable que pasaran meses antes de que se produjera una revolución. Stalin predijo la posibilidad de una revolución como muy pronto en la primavera de 1924, si es que se producía. No obstante, se acordó que era necesario comenzar ya los preparativos.

En el transcurso de estas reuniones preparatorias surgieron otras diferencias, por ejemplo, sobre la cuestión de cuándo convocar la formación de consejos obreros siguiendo el modelo de los soviets. Zinóviev argumentaba que el KPD debía llamar a la elección de dichos consejos antes del levantamiento, ya que formarían los elementos básicos del nuevo Estado obrero alemán.

Trotsky y Brandler argumentaron con éxito que esto no era necesario, ya que tales órganos de democracia obrera se formarían en el curso de la propia revolución. Más bien, el KPD podía lanzar una insurrección en nombre de cualquiera de las organizaciones obreras preexistentes, incluidos los comités de empresa, donde empezaba a crecer su influencia.

Trotsky y Brandler estaban de acuerdo en la cuestión de los soviets, pero no en fijar una fecha para el levantamiento. La izquierda del KPD, apoyada por Zinóviev y Trotsky, insistió en fijar una fecha. Trotsky propuso el 7 de noviembre, aniversario de la Revolución de Octubre de 1917. Brandler lo rechazó y fue apoyado por Radek.

Tanto Radek como Brandler no comprendieron el carácter revolucionario de la situación en Alemania. De hecho, Brandler expresó en privado sus dudas sobre si el KPD estaba suficientemente preparado política u organizativamente

para la revolución y quería posponer los planes, preocupaciones que compartían Radek y Stalin.

A partir del 9 de marzo de 1923, Lenin ya estaba gravemente enfermo y había dejado de ser políticamente activo. Las intrigas en el Politburó del Partido Comunista de la Unión Soviética estaban llegando poco a poco a su punto álgido, y estaban dirigidas contra Trotsky en particular. La llamada “Troika”, la facción secreta formada por Stalin, Zinóviev y Kámenev, que quería impedir que Trotski se convirtiera en el sucesor de Lenin, se opuso repetidamente a él. En este momento, la preocupación personal de la Troika por el prestigio desempeñó el papel más venenoso.

Cuando Brandler, que a pesar de sus diferencias y controversias con Trotsky había quedado muy impresionado por él, pidió que el organizador del Octubre ruso fuera enviado a Alemania, Zinóviev se negó en redondo. Nadie había olvidado lo que Trotsky había conseguido en 1917. La Troika no estaba dispuesta a arriesgarse a tener éxito en Alemania, si ese éxito aumentaba el prestigio de su rival.

GOBIERNOS ‘OBREROS’ EN SAJONIA Y TURINGIA

A pesar de la traición de la Revolución de Noviembre de 1918 y de los acontecimientos posteriores, el SPD seguía gozando de influencia sobre un amplio sector de la clase obrera. Fue precisamente a raíz de esa revolución cuando muchos se afiliaron al SPD, entre ellos Erich Zeigner. Zeigner pertenecía a una nueva camada de socialistas que se habían pasado a la izquierda.

En marzo de 1923 se formó en Sajonia un gobierno minoritario de socialdemócratas de izquierda, con Zeigner como primer ministro. Zeigner rechazó las conversaciones de coalición con los partidos burgueses y buscó en cambio conversaciones con el KPD. El 18 de marzo, los partidos acordaron un programa común sobre cuya base los comunistas apoyarían al SPD en el poder. Los puntos principales eran: la formación de Centurias Proletarias para defenderse del fascismo, y el establecimiento de centros de control de precios y comités de control para combatir la usura.

La situación en Sajonia alimentaba ahora la táctica del KPD y de la Comintern. En lugar de la capital, Berlín, el levantamiento debía comenzar en Sajonia. El 1 de octubre llegó a la sede del KPD un telegrama de Zinóviev en nombre del CEIC en el que llamaba a entrar en los gobiernos estatales de Sajonia, así como en Turingia, donde el SPD también estaba en el gobierno.

La intención era que estos llamados “gobiernos obreros” –es decir, gobiernos de coalición formados por representantes



Imagen: Bundesarchiv, Bild 102-10884 / Georg Pahl / CC-BY-SA 3.0

Friedrich Ebert con el Reichswehr, 11 de agosto de 1923



Las tropas del Reichswehr entran en Sajonia para derrocar al gobierno SPD-KPD, 23 de octubre de 1923

de los partidos obreros, incluido el KPD- se convirtieran en un trampolín para la revolución que se avecinaba.

Brandler no se dejó impresionar por este plan y afirmó que el gobierno de Sajonia no estaba en condiciones de armar a los obreros. Sin embargo, sus objeciones fueron rechazadas por Zinóviev, que argumentó que cualquier fuerza militar utilizada contra estos gobiernos de izquierdas podría servir de trampolín para una contraofensiva revolucionaria. También dio instrucciones a la dirección del partido para que hiciera planes para una huelga general nacional. Ésta debía ser la base de un levantamiento.

El 10 de octubre, Brandler se convierte finalmente en Secretario de Estado de la Cancillería de Estado en el gabinete sajón de Zeigler. Los diputados del KPD Paul Böttcher y Fritz Heckert fueron nombrados ministros de Finanzas de Economía respectivamente. El 16 de octubre, otros tres diputados del KPD se incorporaron al gobierno del Estado de Turingia.

El gobierno del Reich bajo Stresemann, y la clase capitalista, pasaron a la ofensiva una vez más. El 20 de octubre, el Reichswehr dio un ultimátum al gobierno de Sajonia para que disolviera las Centurias Proletarias de su jurisdicción en el plazo de tres días. Zeigler estaba decidido a resistir las amenazas, y el parlamento del estado rechazó el ultimátum. Como resultado, las tropas entraron el 21 de octubre para restaurar la supremacía burguesa.

SE CANCELA EL OCTUBRE ALEMÁN

Ese mismo día se celebró en Chemnitz, por iniciativa de Brandler, una conferencia de organizaciones obreras. Brandler quería utilizar esta conferencia para abogar por una huelga general nacional en defensa de los gobiernos SPD-KPD.

A la reunión asistieron 498 delegados, "de los cuales unos 140 procedían de comités de empresa, 102 de diversos sindicatos, 20 de la dirección de la ADGB [Confederación Sindical] de Sajonia, 79 de organismos de control, 26 de cooperativas de trabajadores, 15 de comités de acción, 16 de comités de desempleados, 66 de organizaciones del KPD, siete de organizaciones socialdemócratas y un independiente".¹⁷

La conferencia comenzó con los informes de los tres ministros sajones: Georg Graupe (SPD), Böttcher y Heckert (ambos del KPD). Los tres hicieron hincapié en la escasez de alimentos, la gravedad de la inflación y el catastrófico desempleo. Muchos delegados comentaron la situación política en Sajonia y abogaron por organizar inmediatamente la lucha contra la dictadura militar. Algunos incluso pidieron a los gobiernos de Turingia y Sajonia que convocaran inmediatamente una huelga general contra los preparativos de la Reichswehr.

Brandler intervino a continuación y presentó la moción de huelga general. Sin embargo, subrayó que era necesaria la unanimidad. De este modo, se daba

a cualquier delegado a la conferencia el derecho de veto sobre la huelga general. Esto era totalmente contrario a lo que se debería haber hecho al preparar una insurrección, ya que estaba claro desde el principio que los sindicatos y los delegados reformistas de izquierda del SPD irían inevitablemente por detrás de la situación real.

Como era de esperar, los ministros del SPD se pronuncian con vehemencia contra la propuesta de lanzar una huelga general. No querían desafiar al Reichswehr. Graupe llegó incluso a decir que si los comunistas aprobaban la moción propuesta por Brandler, él abandonaría la conferencia con sus compañeros de partido y dejaría a los comunistas solos con esta responsabilidad. Brandler aceptó entonces retirar su moción.

Tras esta debacle, Brandler no vio otra opción que abandonar los planes de huelga general. Estaba convencido de que no funcionaría sin los socialdemócratas. Sin embargo, en una reunión con Radek, añadió que la decisión de suspender la huelga general podía ser revocada si el CEIC no estaba de acuerdo. Radek, sin embargo, aceptó desconvocarla. Zinóviev y Stalin también apoyaron la decisión.

Rob Sewell, en su libro sobre la Alemania de 1918 a 1933, evalúa la actuación de los dirigentes de la siguiente manera:

"El partido había sido superado por la maniobra de los dirigentes reformistas y ahora estaba desorientado y sin

planes alternativos. La decisión de la conferencia de Chemnitz no podía estar más calculada para producir la máxima confusión. Brandler y Thalheimer, en particular, habían metido la pata. Pero detrás de ellos estaban los consejos reticentes de los dirigentes de la Comintern, sobre todo de Stalin.¹⁸

Sólo en Hamburgo no se suspendió el levantamiento. La noticia de la cancelación del levantamiento no llegó al KPD local. Las razones no están del todo claras. No está claro si se debió a una ruptura con la disciplina del partido o si fue el resultado de malentendidos o fallos de comunicación.

Se esperaba que el levantamiento de Hamburgo formara parte de un estallido revolucionario nacional, pero la insurrección quedó aislada. A pesar de una lucha heroica, los comunistas fueron aplastados y finalmente tuvieron que batirse en retirada. También hubo enfrentamientos en Sajonia, que fue inundada con 60.000 soldados del Reichswehr ya el 22 de octubre, con el fin de poner fin al gobierno estatal del SPD-KPD.

Ahora los soldados arrasaron Sajonia. Los enfrentamientos más graves tuvieron lugar en Freiberg am Erzgebirge, donde los soldados dispararon contra los manifestantes, causando 23 muertos y 21 heridos. Además, se produjeron detenciones arbitrarias y malos tratos a prisioneros.

Stresemann exigió la dimisión de Zeigler y amenazó con más represión. El 28 de octubre, Ziegler abandonó su colaboración con el KPD y dimitió dos días después. Fue una retirada poco gloriosa.

TRAS EL FRACASO DE OCTUBRE

En 1923 se daban todos los elementos para el éxito de la revolución, incluido un partido revolucionario de masas. Entonces, ¿cómo se produjo esta derrota? Una evaluación honesta de los acontecimientos debería haber ocupado un lugar prioritario en la agenda del CEIC. Pero en lugar de ello, los individuos que desempeñaron un papel decisivo en la debacle intentaron cubrir sus huellas.

El CEIC debería haber iniciado los preparativos para el levantamiento en junio a más tardar, pero había juzgado mal la situación desde el principio. Zinóviev, en particular, temía por su reputación. Él mismo había aprobado todas las decisiones, incluida la cancelación del Octubre alemán. Pero echó la culpa a la dirección del KPD.

Al principio, afirmó que había sido acertado suspender el levantamiento; más tarde, les acusó de no haber estado suficientemente preparados para ello. Sin duda era cierto, pero ¿eran Brandler, Thalheimer y los demás dirigentes del KPD los únicos culpables?

El giro de Zinóviev no se produjo por casualidad. El 8 de octubre, Trotsky escribió

una carta al Comité Central Ruso denunciando el ascenso de la burocracia en el partido y en el Estado soviético. Este ataque abierto aterrizó a la Troika. Le siguió, el 15 de octubre, una carta conjunta, firmada por 46 dirigentes comunistas de, que adoptaron una línea similar a la de Trotsky.

Hasta entonces, el conflicto con Trotsky se había llevado a cabo a puerta cerrada, pero ahora salía a la luz. Esto dio lugar a una polémica más aguda, que incluso se publicó en las páginas de *Pravda*.

Brandler y Thalheimer se defendieron de estas críticas afirmando que la derrota se debió al cambio de la situación objetiva, que la propia clase obrera no estaba preparada para la revolución y que en octubre cualquier intento de insurrección habría fracasado.

Es cierto que la situación revolucionaria ya existía desde el verano y había alcanzado su punto álgido con la caída del gobierno de Cuno. El auge revolucionario había empezado a decaer en octubre, pero esto no descartaba en absoluto un derrocamiento exitoso. Como explica Sewell

“En octubre había cierto grado de agotamiento. Pero una situación revolucionaria, si comparamos los acontecimientos rusos de febrero a octubre, no es una línea recta; se desarrolla erráticamente. Dentro de la curva revolucionaria hay rupturas repentinas”.¹⁹

Cabe señalar que una pasividad similar reinaba en el Comité Central del partido bolchevique ya en octubre de 1917, el mismo mes en que tomaron el poder. Escribiendo desde su escondite en Finlandia, Lenin bombardeó a los dirigentes con cartas, exigiendo indignado que el partido pasara de las palabras a la acción: “No hay término medio. No es posible esperar. La revolución se hunde”.²⁰

Sin esta presión constante de Lenin, y la intervención de Trotsky, la Revolución Bolchevique quizá nunca hubiera tenido lugar.

El principal obstáculo para el levantamiento alemán de octubre de 1923 fue la indecisión de la dirección. No habían preparado suficientemente el levantamiento, ni política ni organizativamente.

Incluso después de la decisión a favor de una insurrección en septiembre, apenas tomó medidas políticas. El enfoque de la agitación y la propaganda permaneció inalterado, y la dirección no preparó ni al KPD ni a la clase obrera planteando la cuestión del poder.

En octubre mismo, los comunistas habían entrado en los gobiernos de Sajonia y Turingia con la intención de utilizarlos como bases para una insurrección. Y, sin embargo, apenas se dieron los pasos prácticos necesarios para lanzar una insurrección de este tipo: organización de suministros de armamento y alimentos, formación de comités de fábrica, etc.

De este modo, se dilapidó la situación revolucionaria, sólo para que los responsables alegaran que las masas no habían estado preparadas y que la situación objetiva no había madurado lo suficiente.

En su *Lecciones de Octubre*, escrito en 1924, tras el fracaso de la Revolución Alemana, Trotsky subrayó que en las condiciones presentes en Alemania en aquel momento eran precisamente la indecisión y la pasividad de la dirección del partido las que cultivaban la pasividad en las masas, y no al revés:

“... un partido que durante largo tiempo haya llevado adelante una agitación revolucionaria, arrancando poco a poco al proletariado de la influencia de los conciliadores, y que cuando es llevado a la cima de los acontecimientos por la confianza de las masas, si comienza a titubear, buscar subterfugios, tergiversar y dar rodeos, provoca en ellas la decepción y la desorganización, pierde la revolución. En cambio, se asegura la posibilidad de alegar, luego del fracaso, la falta de actividad de las masas.”²¹

El año 1923 demuestra lo importante que es una dirección previsora y decidida en tiempos turbulentos. En determinados momentos, las acciones de un puñado de personas pueden determinar el destino de la revolución mundial, para bien o para mal.

Con sus errores, los dirigentes alemanes e internacionales desperdiciaron una oportunidad crucial para continuar la revolución mundial en octubre de 1923. No es exagerado decir que toda la historia del mundo habría cambiado si hubieran logrado tomar el poder.

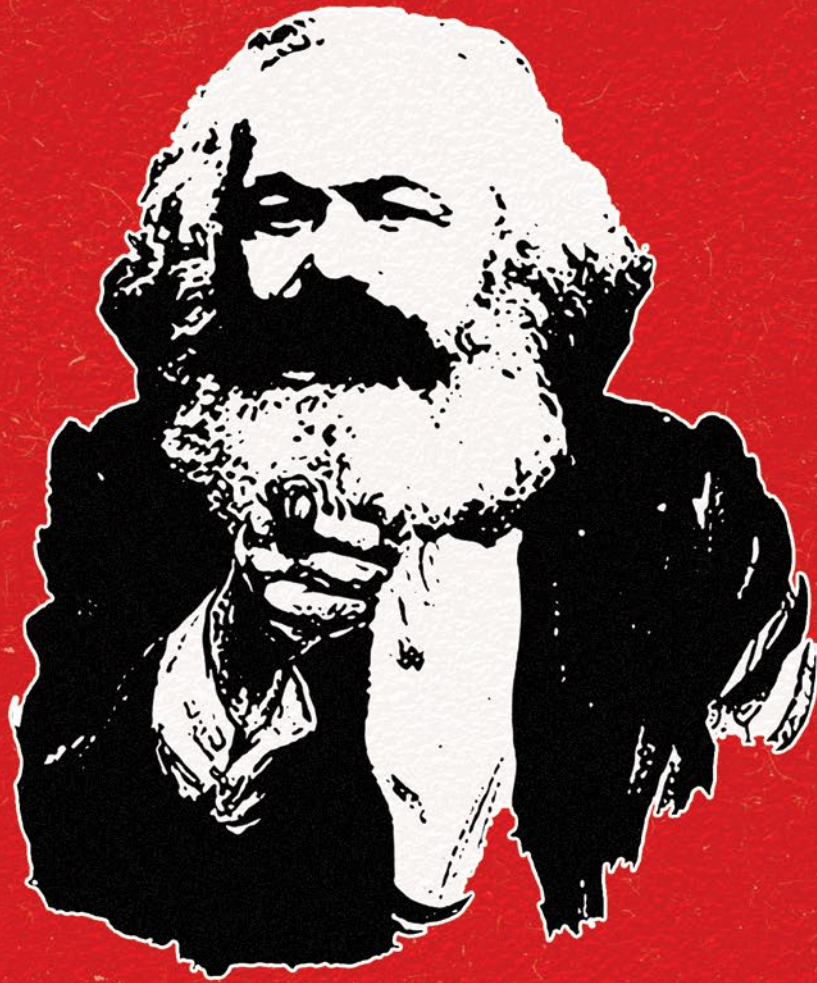
El fracaso de la revolución alemana selló efectivamente el aislamiento de la revolución en Rusia. Sin una revolución exitosa en un país avanzado como Alemania, las condiciones de atraso de la Rusia soviética propiciaron la aparición de una burocracia poderosa y privilegiada. Sólo un año después, Stalin presentó su “teoría” del “socialismo en un solo país”, que reflejaba los intereses contrarrevolucionarios de la burocracia en el aislado Estado obrero.

Hoy es necesario comprender las lecciones del fracaso del Octubre alemán. El capitalismo está en declive y en todos los países nos esperan situaciones revolucionarias. Como comunistas, debemos dedicarnos a la construcción del factor subjetivo -el partido revolucionario- y aprender a evaluar correctamente y preparar la transición de un período de agitación y propaganda a la lucha directa por el poder. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc33
o escanea el código QR



¿ERES COMUNISTA?



¡ORGANÍZATE!

La **Corriente Marxista Internacinal** es una organización comunista revolucionaria con miles de militantes y presencia en más de 60 países de todo el mundo.

Organízate en la lucha contra el capitalismo: **únete**.



america-socialista.org/unete